



VI Certamen Nacional de Relatos

En mi verso soy libre

Relatos 2013

Coordinadores: José Emilio Linares Garriga
Raquel Pulido Gómez



Raquel Pulido Gómez es maestra y escritora. Ha publicado obras de narrativa, teatro y poesía. Ha obtenido premios y menciones en diferentes certámenes literarios a nivel nacional e internacional. Algunos de sus textos dramáticos se han estrenado en España y Estados Unidos. Como docente, ha realizado proyectos de animación a la escritura en todos los centros donde ha trabajado. En la actualidad, forma parte del Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia y es miembro del Comité Organizador del Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”.

José Emilio Linares Garriga es maestro y pedagogo, dedicando su labor docente desde su inicio a alumnado en situaciones que han requerido actuaciones específicas, como es el caso del alumnado de Aulas Hospitalarias. Promotor y director de diferentes proyectos de innovación que contribuyen a la respuesta educativa de alumnado con necesidades educativas específicas. Ha desempeñado diferentes puestos profesionales relacionados con la educación en sus diferentes ámbitos: la docencia y la organización. Actualmente es Asesor Técnico docente del Servicio de Atención a la Diversidad, desde donde se coordinan las actuaciones de la atención educativa al alumnado enfermo, de entre ellas el Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”.

VI CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2013

VI CERTAMEN NACIONAL DE RELATOS

En mi verso soy libre

Relatos 2013

Coordinadores:

Raquel Pulido Gómez

José Emilio Linares Garriga



Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo



Región de Murcia

Consejería de Educación, Formación y Empleo

Promueve:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación, Formación y Empleo
Dirección General de Planificación y Ordenación Educativa

Edita:

- © Fundación Cajamurcia
Con la colaboración de la Fundación Antena 3
- © Del prólogo:
Antonio Rodríguez Almodóvar
- © De los textos:
Los autores
- © De las ilustraciones:
De la cubierta: Francisco Riquelme Mellado; del interior: los autores
- © Del CD:
Grabación y edición de audio: Jesús López Mondéjar
Música de cabecera: Jesús López Mondéjar

Voces de narración: Jose Javier Aranda Lorca, Ana M^a Carmona Álvarez, Caridad Gil Lurquí, Lary León Molina, Concepción Martínez Romero, Carmen Martínez Villanueva, Raquel Pulido Gómez, Domingo Sánchez García, Jose Carlos Vicente López.

Creative Commons License Deed



La obra está bajo una licencia Creative Commons License Deed. Reconocimiento-No comercial 3.0. España.

Se permite la libertad de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las condiciones de reconocimiento de autores, no usándola con fines comerciales. Al reutilizarla o distribuirla han de quedar bien claros los términos de esta licencia.

Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Nada en esta licencia menoscaba o restringe los derechos morales del autor.

1^a Edición, abril 2013-03-21

ISBN:

Depósito Legal:

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: FG Graf, S.L.

fggraf@gmail.com

Índice

Prólogo 15

CATEGORÍA A

Una nueva vida en Klamath..... 21

Adrián Sánchez Felipe.

Ilustración: María Moya.

Narración: José Javier Aranda Lorca.

El bosque del amor..... 27

Laura García Ruiz.

Ilustración: Pedro Antonio Galindo Valero.

Narración: Ana M^a Carmona Álvarez.

El bosque particular 31

Gema Martínez Herrera.

Ilustración: Carlos Arellano Ferrer.

Narración: Carmen Martínez Villanueva.

El niño perdido en el bosque 35

Cristina Moreno Carrillo.

Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez.

Narración: Ana M^a Carmona Álvarez.

El fantasma egoísta 39

Carmen López Megías.

Ilustración: Franco de Sena Osete Cerdán.

Narración: Domingo Sánchez García.

Salvemos el bosque 43

Ivone Tudela García.

Ilustración: Catalina Enrique Jiménez.

Narración: Carmen Martínez Villanueva.

El ogro hambriento 47

Pablo Palazón Martínez.

Ilustración: José Víctor Villalba Gómez.

Narración: Domingo Sánchez García.

CATEGORÍA B

El bosque de los sueños 53

Ana María Alcaraz Vergara.

Ilustración: Albert Alsina Cerdán.

Narración: Lary León Molina.

Libertad 59

Eva Olmedo Delgado.

Ilustración: José Ventura Galván Cabrera.

Narración: Cari Gil Lurquí.

La pérdida del ánimo 63

Shirley Aracely Ribera Zenteno.

Ilustración: Francisco Victoria Jumilla.

Narración: Lary León Molina.

El frío bosque 67

Elena Fuentes Moreno.

Ilustración: Laura Cerdán Sandoval.

Narración: Raquel Pulido Gómez.

La planta más bonita 71

Carlos Coello Audije.

Ilustración: Asís Pazó Espinosa.

Narración: José Carlos Vicente López.

Me enfado y me alegro 77

Alejandro Rivero Barros.

Ilustración: Sebastián Rey Aristimuño.

Narración: José Javier Aranda Lorca.

Lindatriste y Marcobello 81

Uxue Romaniega Trimiño.

Ilustración: López de Alarcón.

Narración: Concepción Martínez Romero.

CATEGORÍA C

Las vistas al bosque..... 89

Nazaret Cachón Fernández.

Ilustración: Elena Sol.

Narración: José Carlos Vicente López.

Cecilia, el alma del bosque 95

Salvador Madrid Vivancos.

Ilustración: Álvaro Peña.

Narración: Raquel Pulido Gómez.

Lo intentaré..... 107

Lucía Quesada del Río.

Ilustración: Carmen Osete Henarejos.

Narración: Ana M^a Carmona Álvarez.

La joya de la vida..... 119

Ouarda Amakran.

Ilustración: David López y María Dolores López.

Narración: Carmen Martínez Villanueva.

El talismán esmeralda..... 133

Karen Zamora Verdezoto.

Ilustración: Ángela Romero Forte.

Narración: Cari Gil Lurquí.

Diario de un nuevo mundo en una hoja de laurel..... 139

Andrea Sospedra Díaz.

Ilustración: Miguel Alemán Moreno.

Narración: Concepción Martínez Romero.

Aulas Hospitalarias participantes en el VI Certamen Nacional de
Relatos “En mi verso soy libre”. Edición 2013..... 147

Prólogo

Celebro que se haya elegido el bosque como tema para este concurso. Es capital en los cuentos tradicionales, en los anhelos escondidos del ser humano. ¿Por qué será? Seguramente, el bosque nos reclama desde el fondo de la especie, de cuando éramos cazadores y recolectores. Representa el largo, larguísimo estado anterior a la invención de la agricultura y de la ganadería, cuando la sociedad no se guiaba por la propiedad privada, por el egoísmo, sino por el principio de que todo era de todos. El bosque suministraba lo esencial para vivir, frutas y animales de pelo y pluma, peces plateados del lago, olorosa leña para calentarse... No nos peleábamos por esto es mío, porque todo era... del bosque. Y el viento silbaba su hermosa canción entre las ramas. También se le llama la Edad de Oro.

Tal vez nunca fue eso así, pero el símbolo del bosque funciona como una nostalgia incurable, un hechizo, un símbolo de aquello que perdimos irremediablemente. Por algo, en lo más profundo del bosque dormía la Bella Durmiente. Por algo, el vellocino de oro era vigilado por un dragón insomne, en el seno del bosque. Por algo Caperucita tenía que cruzar un bosque en primavera, lleno de pájaros cantores y prados de campanillas, margaritas y narcisos silvestres. Pero también había un lobo.

No se sabe bien por qué, el bosque se fue llenando de sentido siniestro, convirtiéndose en aviso de peligro, como diciendo: no seáis insensatos, no regreséis, aquí ya no tenéis nada que hacer. Pero seguimos pensando, en el fondo de nuestras almas, que no es cierto. Que en el bosque tenemos la solución perdida, el remedio para nuestra infelicidad, para todos los males que padecemos. Y es verdad que en los bosques, en la selvas que quedan en el mundo, se cifra la esperanza de medicinas extraordinarias de las que nada sabemos todavía.

Sin duda han sido empujados por esa añoranza, y por esa esperanza, los participantes de este concurso. Alex buscará en el doctor Tor, y en el agua del lago más puro de la Tierra, cómo curarse y transformarse él mismo en un Magic Boy, para curar a todos los demás niños. Y Soñador, el pino más viejo del bosque, sentirá un día la fuerza destructiva de los taladores, cuando ya ha visto el mar por encima de las copas de los demás pinos. Y el niño urbano que ve desde su cama de hospital el bosque, que al principio no le dice nada, acaba sintiendo que huele igual que su amiga Amanda. Y Cecilia, que una mañana descubre que no puede andar, aguarda la llegada de la Noche de San Juan a la Tierra Extraña, llena de brujos, magos y hechiceros; la noche en la que el fuego destruye todos los males y hace renacer la verdad.

Es bueno, es reconfortante para todos, que quienes más padecen la lejanía del bosque nos enseñen a creer en él, nos devuelvan a la Edad de Oro de la conciencia, nos enseñen el camino de la solidaridad, tantas veces perdida.

Antonio Rodríguez Almodóvar

En Murcia, a 27 de febrero de 2013, se reúne el jurado del VI Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”, formado por:

Presidenta: Dña. Raquel Pulido Gómez
Secretaria: Dña. Pilar Carrasco Lluch
Vocales: Dña. Concha García Miralles
Dña. Aurora Gil Bohórquez
Don Lorenzo Hernández Pallarés
Dña. Lary León Molina
Dña. Rocío Lineros Quintero
Dña. Marisa López Soria

Los miembros del Jurado, una vez leídos los 189 relatos recibidos, deciden por unanimidad otorgar los siguientes premios:

Premio en la Categoría A (de 6 a 9 años):

Al relato “Una nueva vida en Klamath” de Adrián Sánchez Felipe, del Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia. Hospital Universitario Virgen de la Arrixaca.

Premio en la Categoría B (de 10 a 13 años):

Al relato “El bosque de los sueños” de Ana María Alcaraz Vergara, del Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia. Hospital Universitario Santa Lucía.

Premio en la Categoría C (de 14 a 17 años):

Al relato “Las vistas al bosque”, de Nazaret Cachón Fernández, de las Aulas Hospitalarias del H. Clínico Universitario de Valladolid.

Mención Honorífica:

Al relato “Cecilia, el alma del bosque”, de Salvador Madrid Vivancos, del Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia. Hospital Universitario Morales Meseguer.

CATEGORÍA A

(de 6 a 9 años)

GANADOR CATEGORÍA A

Una nueva vida en Klamath

Adrián Sánchez Felipe

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Hospital Universitario Virgen de la Arrixaca.

Hace un tiempo que Álex aterrizó en las verdes colinas del bosque Klamath. Llegó hasta allí porque a su mamá le habían asegurado que en ese valle vivían unos seres extraordinarios capaces de curar todas las enfermedades a los niños y niñas.

Cuando Álex llegó al bosque Klamath se encontraba muy débil, le dolía la cabeza y apenas tenía hambre. Su mamá lo dejó arropado en la casita del árbol donde vivirían y fue en busca de aquel famoso doctor del que tanto le habían hablado, el doctor Tor. Una especie de hada campanilla, llamada Mina Superheroína, la iluminó y la acompañó durante todo el viaje hasta la casa del doctor Tor.

La casa del doctor estaba un poco desordenada. Por todos lados había cestas de algas verdiazules procedentes del lago y frutos del bosque en tarritos de diferentes colores.

En el bosque Klamath el doctor tenía fama de estar un poco chiflado pero también de tener unos poderes sobrenaturales para curar con sus pócimas a los niños y niñas del bosque.

El doctor Tor cogió su maletín y le preguntó a Mina si tenía los ingredientes necesarios para preparar la pócima curativa de Álex. Mina lo tenía todo preparado en su saquito púrpura. Un remedio para que las células de la sangre de Álex recobraran la vida y lo llenaran de fuerza.

Álex bebió un líquido azul que el doctor Tor puso en su boca y le pidió a su ayudante, la enfermera campanilla Mina, que durante toda la noche le pusiera en la frente paños de agua fresca del lago Klamath, el lago de agua dulce más puro y desintoxicado del planeta.

A la mañana siguiente Álex abrió los ojos y notó que ya no le dolía tanto la cabeza. Respirar el aire puro del bosque y beber el agua fresca de las montañas le sentaba bien.

Álex pasaba mucho rato con Mina, que le explicaba los secretos del bosque y dónde recolectaba los ingredientes para las pócimas de su querido doctor Tor. Mina le confesó que, aunque el doctor siempre le había parecido un poco chiflado, estaba enamorada de él y soñaba con casarse vestida de novia frente al lago Klamath.

Mientras Álex se recuperaba cada día iba a visitarlo el Profesor Misterioso, un señor que nadie sabía donde vivía y que daba clases a los niños y niñas del bosque que estaban malitos y no podían ir a la escuela del pueblo. Era un tipo un poco raro pero todos aprendían mucho con él. Todo el bosque lo adoraba.

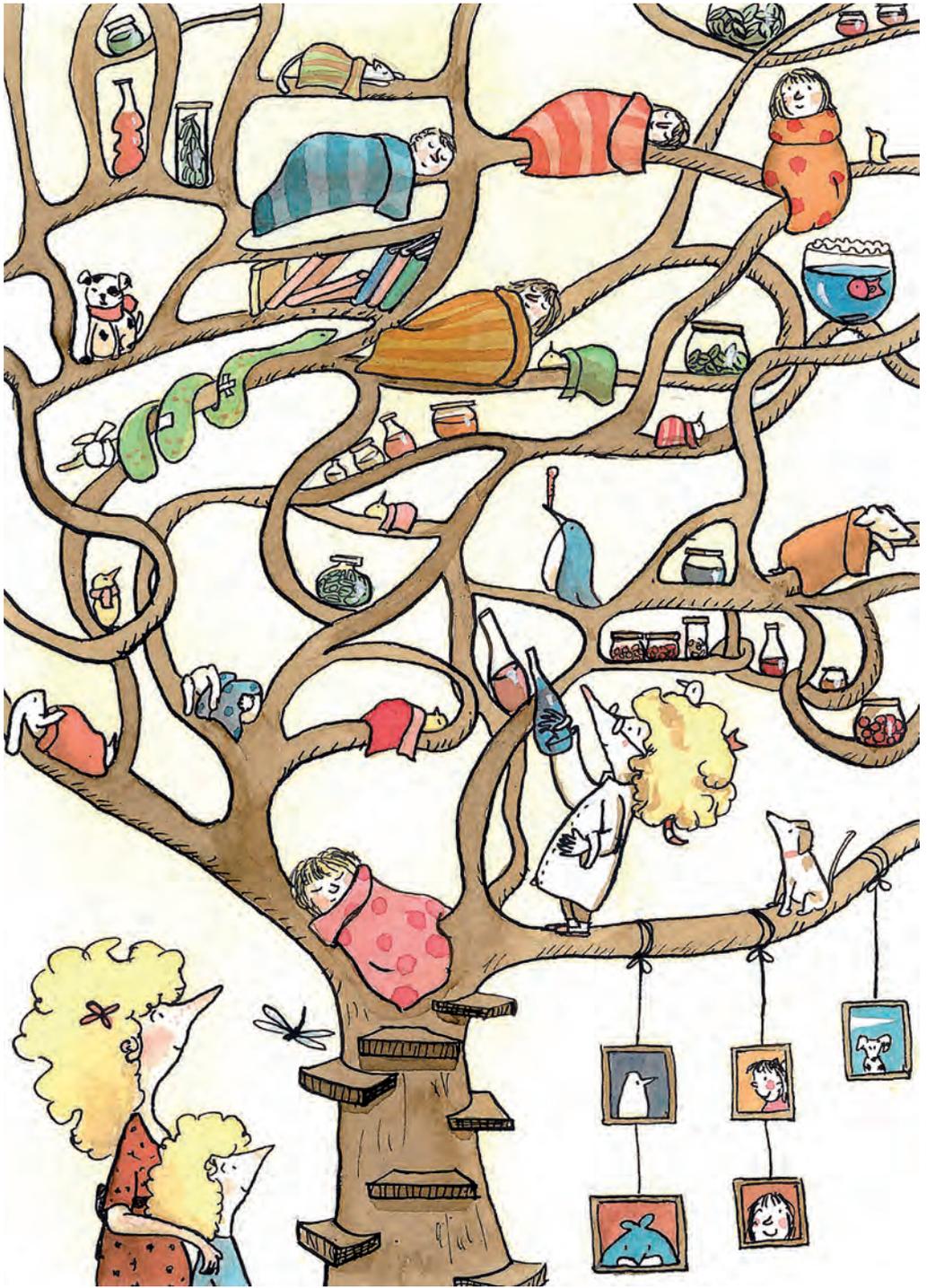
Una tarde, la mamá de Álex llamó muy asustada a Mina para que avisara al doctor Tor. Álex estaba adoptando un color verde azulado por todo el cuerpo, el mismo color de las algas del lago.

Cuando el doctor llegó y lo observó, no paraba de reírse.

- ¿De qué se ríe usted? -le preguntó la mamá de Álex- ¿Está chiflado o qué le pasa? ¿Qué tiene Álex que parece un ser de otro planeta? -le seguía preguntando, como una loca.

- Mire -le contestó el doctor Tor- Álex no sólo ya está curado totalmente de su enfermedad, sino que se ha convertido en uno de nosotros, un ser mágico del bosque. Este chico tendrá poderes para curar a otras personas porque su reserva de células es infinita. Tendrá una vida muy larga y, a partir de este momento, se llamará "Magic Boy".

Y así fue como Álex, un chico débil y enfermo, se convirtió en un ser de una fortaleza suprema y empezó una nueva vida como "Magic Boy" en el bosque Klamath.



El bosque del amor

Laura García Ruiz

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Hospital Universitario Virgen de la Arrixaca.

Érase una vez un bosque donde habitaba una malvada bruja que, a su paso, todo lo convertía al revés.

Un día se cruzó en su camino un hermoso príncipe y con él no le funcionó su maleficio. El príncipe consiguió volverlo todo hermoso. Los árboles volvieron a tener hojas, las mariposas a tener color, los murciélagos a estar boca abajo, los dragones a echar fuego, los pájaros a volar y la princesa a enamorarse de él.

La princesa tuvo que ir al hospital porque iba a tener a su bebé. La bruja estaba al acecho para volver a echar la maldición y romper el amor entre el príncipe y la princesa.

Al nacer el principito, su amor fue más fuerte y la bruja no pudo romper el amor de toda la familia, ni separarlos. Echarles la maldición no sirvió de nada.

El príncipe, la princesa y el principito volvieron juntos al bosque. La bruja se dio por vencida, dándose cuenta de que el amor verdadero siempre gana.



El bosque particular

Gema Martínez Herrera

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Hospital Universitario Virgen de la Arrixaca.

Érase una vez unos animales que vivían en un bosque muy particular, como el patio de mi casa. Había un caballo miedoso, un hada traviesa que tenía los ojos en la nariz y la nariz en la boca, una bruja buena que en vez de zapatos tenía cascabeles, un pato muy gracioso que llevaba un sombrero de flores, y los árboles eran de caramelo. Todos ellos eran muy amigos.

La oveja, que era muy cotilla, estaba como siempre curioseando, cuando de repente vio fuego en la granja del caballo y fue a avisar a las ranas, que eran las bomberas de este bosque tan particular.

El pato, que estaba en el estanque de las ranas, corrió a decírselo a su amigo el caballo que, como era muy miedoso, no se atrevía a ir a su casa. Sus amigas el hada y la bruja, como querían ayudarle, decidieron unir su magia para hacer un hechizo y que dejara de tener miedo para siempre, así que convirtieron el fuego en cohetes y fuegos artificiales.

Todos los amigos del caballo le pidieron que confiara en ellos y que les acompañara a la granja. El caballo confió en sus amigos y todos juntos fueron corriendo hacia allí.

Cuando llegaron, se quedaron alucinados. La granja estaba llena de luces de colores y del cielo caían petardos y papelillos de fiesta.

Y así fue como el caballo miedoso aprendió a confiar en sus amigos y a vencer sus miedos.



El niño perdido en el bosque

Cristina Moreno Carrillo

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Hospital Universitario Virgen de la Arrixaca.

Hace más de mil años, había un niño que se había perdido en un bosque. Era bajo, delgado, rubio, con ojos azules. Vestía una camiseta con botones de color azul, pantalones rojos y zapatos grises.

Al niño le gustaba mucho jugar al fútbol. Se fue a dar un paseo por el bosque y se perdió. Como estaba jugando tan a gusto con las ardillas, no se dio cuenta de que ya era de noche.

Se oyó ulular a un búho. El niño se asustó y empezó a gritar. Apareció un hada y le preguntó:

- ¿Qué te pasa?

- Me he perdido y no encuentro a mi mamá.

Esto me pasó a mí en realidad. Estaba leyendo un libro y, cuando lo terminé, me puse a buscar a mi madre. Por arriba, por abajo... un montón de veces. La llamaba, pero no me contestaba y me puse a llorar. El corazón me latía muy fuerte, pensé que me quedaba sola para toda la vida.

El hada le dio unos zapatos nuevos al niño, le dijo:

- Da tres zapatazos y regresarás a tu casa.

El niño hizo lo que le dijo el hada y regresó a su casa.

Oí que alguien llamaba a la puerta y me asusté, como el niño del bosque. Pregunté:

- ¿Quién es?

Pensé que sería algún hada que me traía unos zapatos mágicos para poder salir a buscar a mi madre. Al final la encontré, nos abrazamos y le prometí que no me volvería a perder.

Este cuento se ha acabado y espero que te haya gustado.



Juan Fran

El fantasma egoísta

Carmen López Megías

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Hospital Universitario Virgen de la Arrixaca.

Érase una vez y mentira no es, un fantasma que era muy feo, muy tonto y muy malo. El fantasma asustaba a la gente sin motivo. Con su capa blanca se paseaba por el bosque lleno de árboles muy verdes y plantas con muchas hojas.

El fantasma tenía un problema, le gustaba dormir mucho. En uno de sus paseos por el bosque se quedó dormido. Se hizo de noche y se perdió. Se despertó con el ruido de la lluvia que caía en las hojas del bosque. Como se había mojado no podía asustar a nadie hasta que se secara.

Esperando al sol se encontró con una pulsera. Pensó que le daría suerte y así fue. Se casó con una fantasma y se acabó este cuento con sal y pimienta.



Salvemos el bosque

Ivone Tudela García

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Hospital Universitario Virgen de la Arrixaca.

Esta historia transcurre en el bosque de la Cresta del Gallo, ése que se ve desde la ventana de nuestro hospital.

Érase una vez tres amigos llamados Laura, Salvador y Félix que siempre estaban mirando el bosque desde la habitación del hospital. Les gustaba ver las copas de los árboles, cómo se movían cuando hacía viento o cómo se escondían cuando llegaba la luna. Se imaginaban cómo olería el bosque cuando llueve y cómo sonarían sus hojas cuando las pisaran.

Los tres amigos hicieron un pacto. El primero que saliera del hospital iría al bosque y desde allí gritaría fuerte para que el resto de amigos pudiera salir lo antes posible y todos se reunieran.

Y así fue. Poco a poco, fueron saliendo y encontrándose en el lugar acordado. Los domingos iban allí con sus familias a pasar el día a la sombra de sus enormes árboles.

Pero un día los amigos se llevaron una gran sorpresa. Comenzaron a escuchar ruidos de sierras, camiones y excavadoras y se quedaron perplejos. ¡Estaban comenzando a cortar los

árboles! Ellos, sin pensarlo, con sus manos enlazadas rodearon uno de los árboles que iban a cortar. Los hombres pararon todo, se subieron a sus tractores y se fueron.

Todos gritaron: "¡Hemos salvado nuestro bosque!"



El ogro hambriento

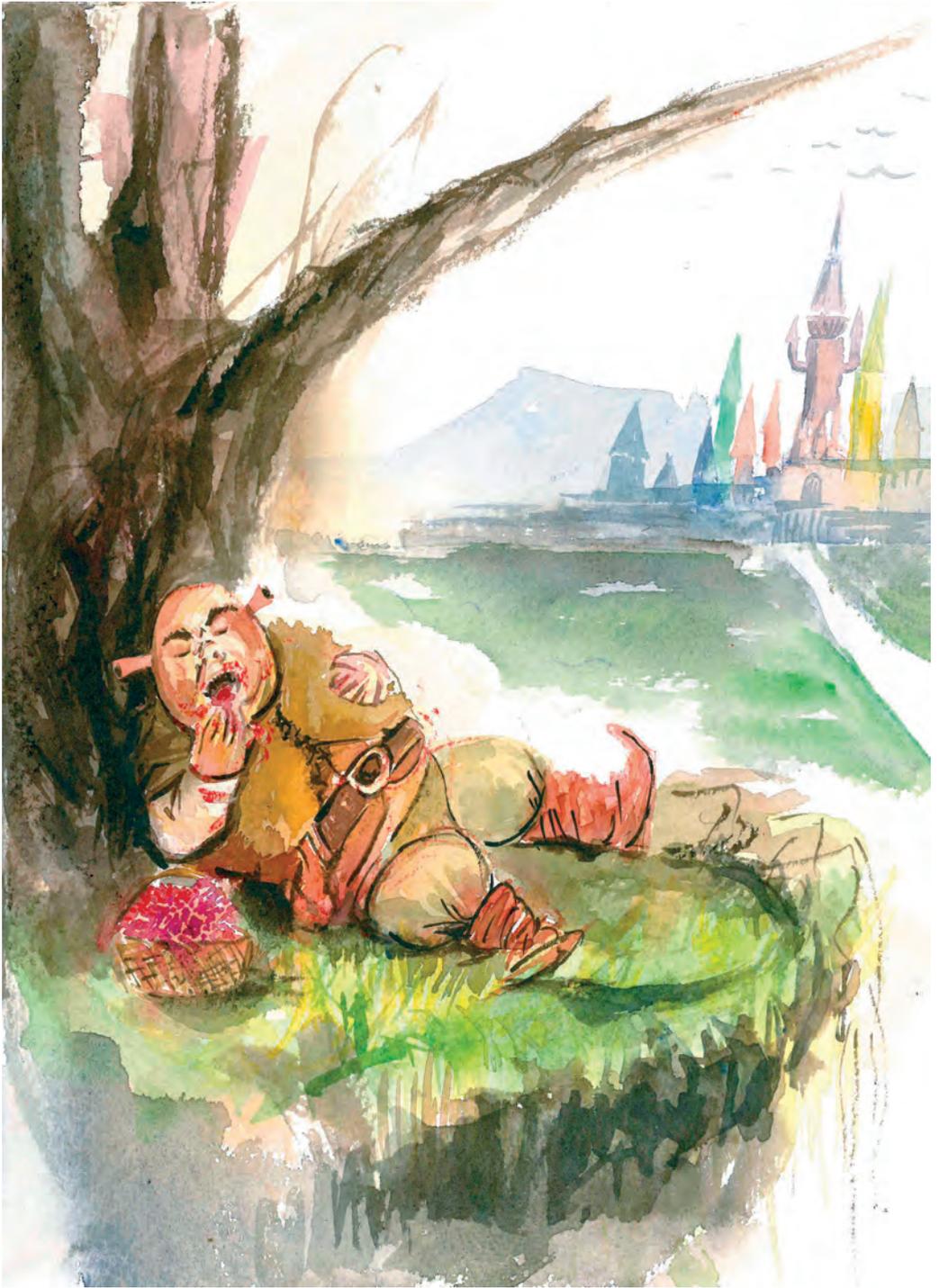
Pablo Palazón Martínez

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Hospital Universitario Virgen de la Arrixaca.

Una vez me dijeron que había un gigante con orejas muy grandes, una lengua pequeña y unos ojos hinchados y verdes. Le gustaban los espaguetis a la brasa y no le gustaban los guisantes en estofado. Vivía en un bosque con unos árboles más grandes y más gruesos que él, con unos matorrales llenos de moras, aunque casi no quedaban porque se las comía todas y nunca dejaba que crecieran.

Un día, andando por el bosque, el ogro se encontró un castillo que estaba lleno de pasteles. El ogro se quedó a vivir en el castillo, así las moras crecerían y el bosque estaría siempre bonito.

Este cuento se ha acabado, espero que te haya gustado.



CATEGORÍA B

(de 10 a 13 años)

GANADOR CATEGORÍA B

El bosque de los sueños

Ana María Alcaraz Vergara

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Hospital Universitario Santa Lucía.

En el centro del gran bosque, justo en lo más alto de la cumbre, en medio de los trece mil pinos que lo poblaban estaba él, Soñador, el más viejo de todos. Los demás árboles calculaban que tendría unos doscientos años. Todos lo admiraban pues Soñador era el más grande, fuerte y sabio. Conocía todos los secretos del bosque y de la vida. Pero en realidad ninguno conocía bien a Soñador. Los cien primeros años creció viendo sus bellos montes, su gran cielo azul, las estrellas y la luna. Y Soñador era feliz, realmente feliz. No necesitaba nada más y su felicidad era inmensa.

Un día un halcón se posó en sus ramas y le comentó la suerte que tenían los pinos más altos pues podían ver el mar. Desde ese día, sólo soñaba con crecer y crecer para poder verlo. Pedía a los mayores y a los pájaros que, por favor, le hablaran del mar. Ellos le relataban cómo brillaba y cómo eran las olas. Cada año Soñador era más fuerte y más alto. Llegó un momento en el que su copa empezó a sobresalir por encima de los demás. Había tardado muchos años pero lo había conseguido. ¡Podía ver el mar!

-¡Oh, qué hermoso es! - exclamó- Tal y como lo había imaginado.

A Soñador le gustaba mirar el mar desde lo alto, ver como se movían las olas en los días de viento y como brillaban en los días de sol. Sabía la suerte que tenía de poder verlo todos los días y de haber conseguido su sueño.

Soñador les explicaba a los pinos del bosque que no alcanzaban a ver el mar, lo bello que era. Les animaba a que se hicieran fuertes y grandes para conseguir verlo.

Un día Soñador escuchó unos ruidos extraños que jamás había oído en el bosque. De pronto los animales empezaron a correr y correr y las aves salieron de sus nidos y volaban lejos. Asustado, gritó a los pájaros:

-¿Qué ocurre?

Un mirlo dijo:

-¡Son ellos! ¡Los humanos! ¡Vienen hacia aquí!

Soñador nunca había visto a los humanos pero recordaba como los más viejos le habían hablado de ellos cuando era apenas un pino de un metro. De pronto, empezó a oír los ruidos cada vez más y más cerca y notó en su tronco como si mil pájaros carpinteros le estuvieran picoteando a la vez. Sintió terror, miró por última vez su bello mar y se desmayó.

Cuando Soñador se despertó no sabía cuánto tiempo había pasado. Le dolía todo mucho y se notaba rarísimo. Parecía como si no fuera él. Olía como antes nunca había olido y el viento era muy fresco y agradable. Poco a poco empezó a mirar a su alrededor y, allí estaba él, en el centro del mar, navegando. Los

leñadores lo habían talado y lo habían bajado hasta el pueblo. Allí, un carpintero, al ver aquel tronco tan grande y fuerte decidió hacer una pequeña barca para regalar a su nieto. La pintaría de rojo, el color favorito del niño, y le pondría una gran vela blanca.

Y allí estaba Soñador, saludando a todos sus amigos del bosque desde el centro del mar. Los pinos y los pájaros le sonreían al pasar. Jamás se había imaginado lo bello que se veía su bosque desde allí. ¡Qué grandes y altas eran sus montañas y cuánta paz se respiraba! Soñador era tan feliz... Entonces miró al cielo y allí la vio, una cometa grandísima. Estaba hecha con palitos de madera y con luminosos papeles de todos los colores y una gran cola muy larga. ¡Qué bella era! Desde lo más alto del cielo estaba seguro de que su bosque se veía aún más hermoso. Y Soñador siguió surcando el mar imaginando que quizás un día podría volar. Y mientras se alejaba, los demás pinos podían leer el nombre que el carpintero había grabado en su popa: "Soñador".



Libertad

Eva Olmedo Delgado

Aula Hospitalaria de H. Universitario de Fuenlabrada

Capítulo 1: Verdubosque

Estaba andando por un caminito de nuez mirando con curiosidad mis pies. Me preguntaba: “¿Por qué se llamarían así? ¡Qué nombre más raro!”

De repente miré hacia delante y vi que ya no estaba en mi caminito de nuez. Ahora era un caminito de patata cruda con *arbrócolis*, coliflores, *cespinacas* y el famoso lago “caldo de verduras”. En él había *cocoacelgas* con sus afilados dientes. Yo seguí andando y vi un cartel...

Capítulo 2. Carnópolis

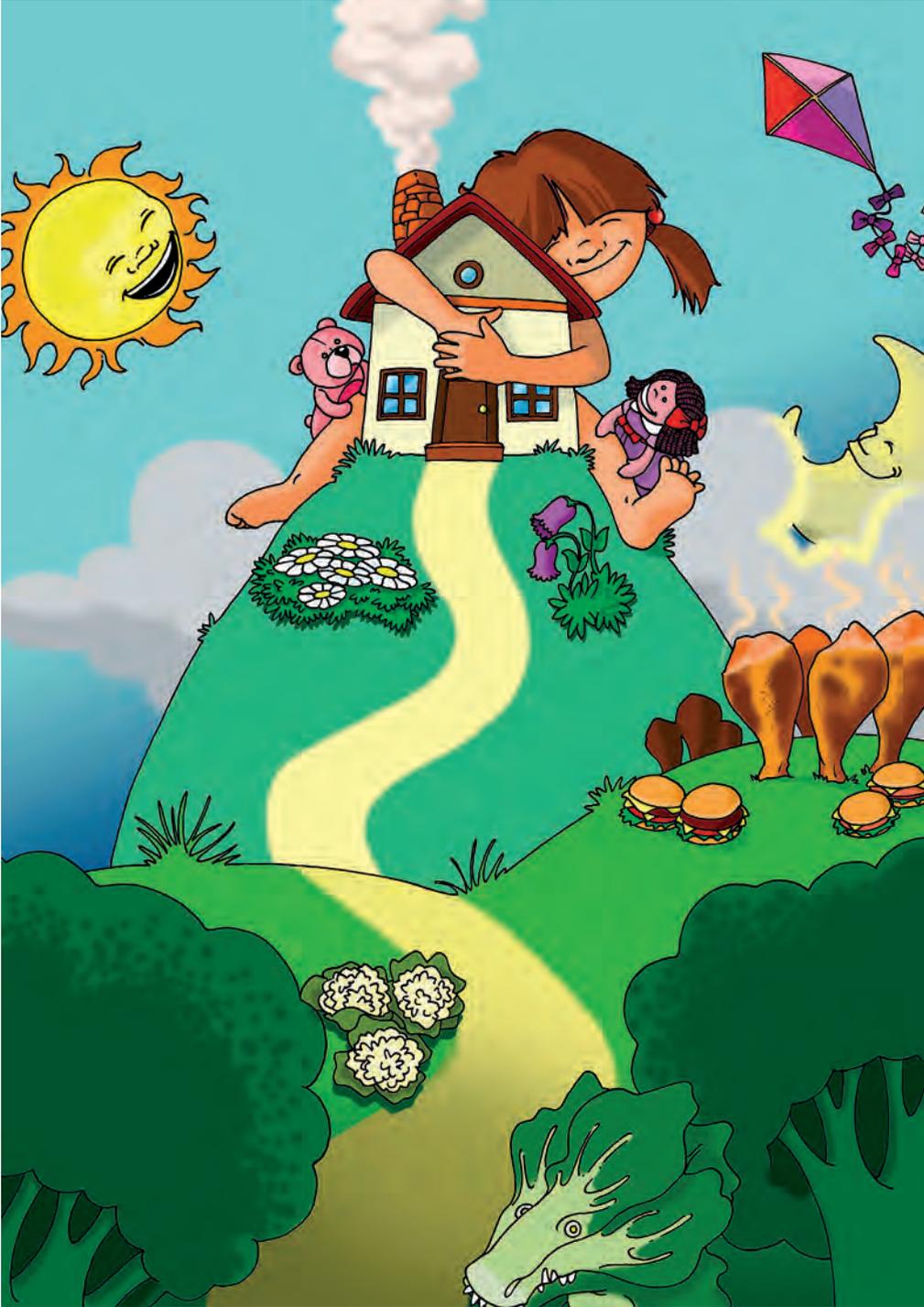
Me relamí y corrí, corrí, corrí...hasta dejar el Verdubosque tan atrás que parecía una mota de polvo. Ahora había muslos de pollo en vez de árboles. Hamburguesas en lugar de flores. Alitas de pollo volando como aves por encima de nubes de cinta de lomo. Todo era delicioso. Yo me relamía. De pronto vi el siguiente cartel...

Capítulo 3: Casa

Cuando lo leí me puse a correr como loca. Corrí, corrí y corrí hasta que casi no podía respirar. Los ojos se me llenaron de lágrimas de alegría. Estaba contenta, estaba feliz. Allí estaba mi familia y yo me sentía bien. No me dolía nada.

Me dieron mi comida favorita y sobre todo jugué.

Esta es mi historia; pero también es la historia de todos los niños que están en un Hospital "Verdubosque" y sueñan y desean volver pronto a su mundo.



La pérdida del ánimo

Shirley Aracely Ribera Zenteno

Aulas Hospitalarias del H. Virgen Macarena (Sevilla)

Un día mi bisabuela fue a lavar la ropa al río con mi abuelo, que sólo tenía once o doce meses.

Para llegar primero tenía que pasar por un bosque de árboles tan altos que parecía que con sus copas le hacían cosquillas a las nubes. Las ardillas, los conejos y los zorros correteaban y saltaban entre la hierba que cubría el suelo y los pajaritos cantaban en lo alto de las ramas.

Cuando mi bisabuela llegó al río se despistó un momento y mi abuelo casi se cae al agua, pero sólo se mojó la cabeza. Mi abuelo se puso a llorar y llorar y no paró hasta que mi bisabuela le preguntó:

-¿Qué te pasa?

Mi abuelo le respondió señalando a todas partes y con voz asustadiza:

-Coco, coco...

Entonces mi bisabuela cogió el cinturón y, para que no tuviera miedo, donde él señalaba, ella daba con su cinturón. Mi abuelo se tapó la cabeza y cerró los ojos para no ver más cocos.

Más tarde mi bisabuela dijo que mi abuelo había perdido el ánimo. Así que lo llevó al curandero del pueblo. El curandero le dio a mi abuelo una bebida y mi abuelo nunca más tuvo miedo.

Por eso cuando vayáis a algún sitio, tenéis que llamar al ánimo, que se os puede perder.



El frío bosque

Elena Fuentes Moreno

C.P.E.E Hospital del Niño Jesús (Madrid)

Estaba sola, tenía frío. Estaba asustada y, sobre todo, indefensa. Un viento gélido soplaba entre las nubes negras de aquel bosque, arrastrando con él hojas ya caídas de los árboles, ramas y una fina capa de polvo. Con cada paso que daba, crujían las hojas secas del suelo.

Estaba sola, como cuando sueñas que estás en una casa encantada, lejos, muy lejos de la población, pero sabes que te están vigilando. A mí me miraban los árboles, los arbustos, todo lo que estaba a mi alrededor. Todos sabían que yo estaba allí.

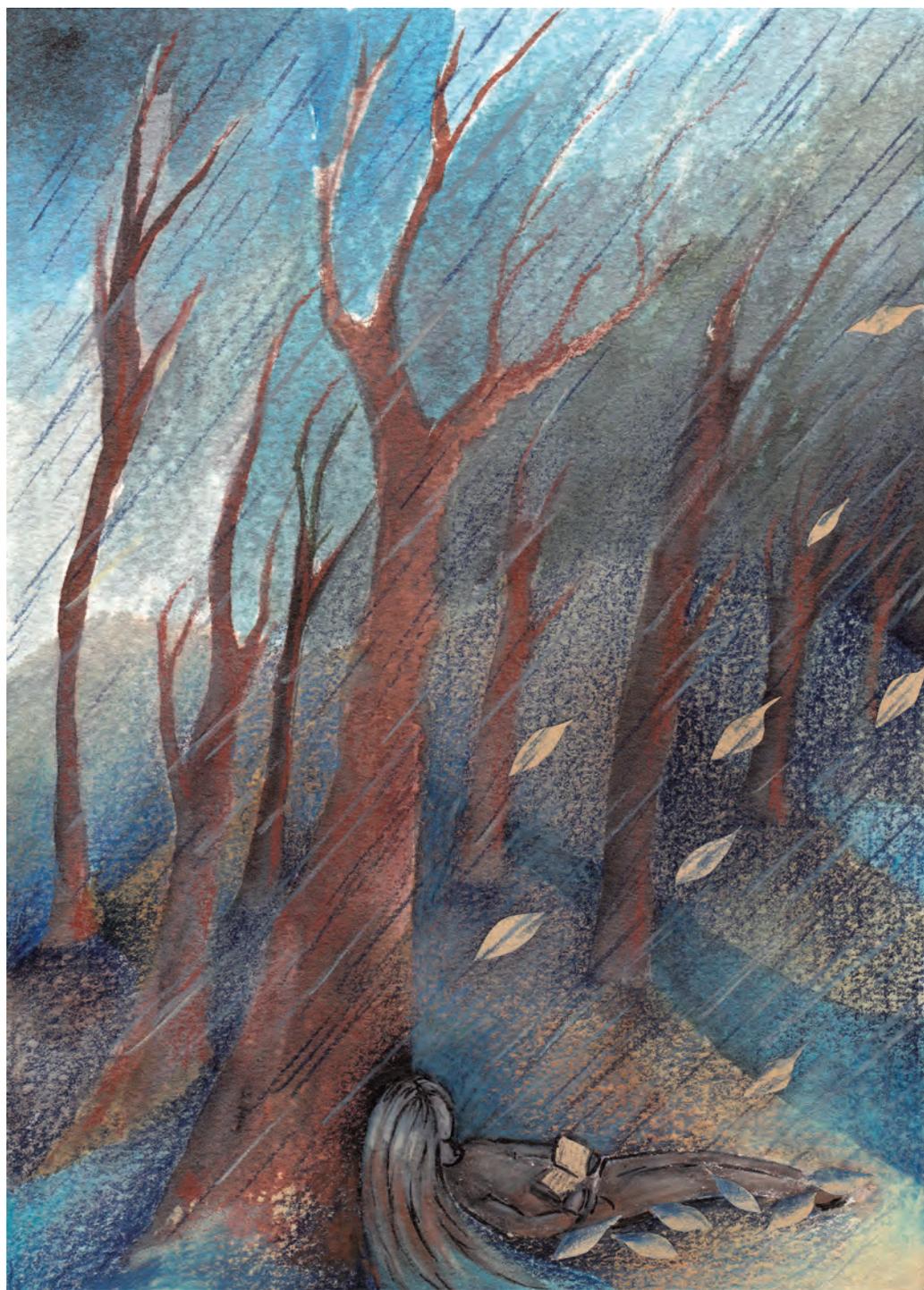
Tenía frío. El viento me acariciaba la piel, lenta y fríamente. Sentía que los pelos se me erizaban. Estaba asustada, oía ruidos extraños, pisadas que retumbaban en mis oídos y sentía que las cosas cobraban vida.

Estaba indefensa de las garras de los árboles, del viento que me llevaba a cualquier lado y de aquellos ruidos terroríficos que retumbaban en mi mente.

Llovía. Era una lluvia densa, fría y constante, como millones de agujas de hielo cayendo del cielo incesantemente. Gota a gota, se iban formando riachuelos o pequeños charcos que cubrían aquel suelo.

Estaba sola, tenía frío, estaba asustada y, sobre todo, indefensa. No tenía escapatoria, aquello no tenía fin, nunca se acabaría. Entonces ocurrió la tragedia. Ya no estaba sola, no tenía frío, ni estaba asustada. Ni siquiera estaba indefensa... Estaba muerta. Mi cuerpo estaba tumbado en el frío suelo del bosque. Seguía lloviendo en cantidades extremas, con truenos por acá relámpagos por allá. Estaba muerta pero los sentía.

Y te estarás preguntando: "¿Cómo podrá contarlo si está muerta?" Muy sencillo. Aquel bosque era mágico, me engatusó, me hechizó. Y desde aquel día soy parte de ese bosque tan extraño. Son cosas mágicas.



La planta más bonita

Carlos Coello Audije

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Hospital Universitario Santa Lucía.

Había una vez, en un bosque, una cabaña en la que vivía Pimpino con su mujer Florentina. Pimpino tenía el pelo blanco y corto y tenía un bigote.

Un día Pimpino se fue de viaje y le compró a Florentina unas flores de plástico. Como Florentina era muy despistada no sabía que las flores eran de plástico y las regaba todas las mañanas. Cuando Pimpino se enteró se pasó dos días llorando y dos días riendo. Llorando porque el impuesto del agua era altísimo y habían malgastado un montón. Riendo porque se imaginaba a Florentina regando esas flores de plástico.

Pensando en todo esto a Pimpino se le ocurrió una idea. Fue al bosque para buscar la Escuela de Magia. Cogió un montón de comida, le dijo a su búho llamado Ojazos que cuidara de Florentina y partió.

Para llegar a la Escuela de Magia tenía que pasar por el Bosque Oscuro del que nadie había salido jamás. Pero cuando

lo vio descubrió que sólo era un parque de atracciones con una montaña rusa impresionante. Siguió su camino y un rastro de polvos mágicos lo llevó directamente a la Escuela de Magia. Allí le enseñaron todo tipo de hechizos de jardinería. Cuando ya se sabía todos los hechizos volvió por el mismo camino. Pero esta vez se subió a la impresionante montaña rusa y entendió por qué nadie salía de allí. ¡Mareaba muchísimo! Y cuando paraba y conseguías recuperarte volvía a ponerse en marcha.

Al llegar a su casa Pimpino cogió las flores de plástico y les susurró: "Chi, pilacu, parrandurosino" y las flores de plástico se transformaron en una planta. Pero aquella planta sabía andar, hablar y comportarse como un humano. Sí, Pimpino se había equivocado de hechizo. Entonces la planta parlanchina dijo:

-Me llamo Madero, y si lo que quieres es la mejor flor del mundo yo te diré donde se halla.

Pimpino y Madero se fueron al bosque y encontraron una seta. Madero tiró un poco de ella y se abrió una puerta secreta en el suelo. Era una caverna muy profunda. Madero le dijo a Pimpino:

-Pasa tú delante y ve hacia el fondo.

Al hacerlo Madero volvió a tirar de la seta y la puerta se cerró, dejando a Pimpino encerrado.

Al llegar la noche, Florentina aunque era muy despistada, se dio cuenta que Pimpino no regresaba así que empezó a preocuparse. Cogió a Ojazos y decidió salir a buscarlo. Al entrar en el bosque se encontraron con la montaña rusa. Florentina nunca se había subido a una así que pensó que solo sería un ratito y que después seguiría buscando a su marido. Entonces le pareció tan chula que

se montó una y otra vez mientras que Pimpino se alimentaba de las raíces que encontraba pues no había desayunado.

Ojazos estaba ya harto de la montaña rusa así que salió volando y agarró con sus garras la palanca de freno y la paró. Florentina salió mareadísima. Además con tanta vuelta había perdido el dinero que llevaba.

Entre tanto Madero sintió hambre y, como era una planta, no se le ocurrió otra cosa que echar raíces. Pero la tierra que eligió no era muy buena y no tenía agua, y ya no podía moverse, así que empezó a gritar y gritar pidiendo ayuda.

Ojazos, con su agudísimo oído, lo escuchó y guió a Florentina hasta Madero.

Florentina le preguntó:

-Madero, ¿dónde está Pimpino?

Madero le respondió:

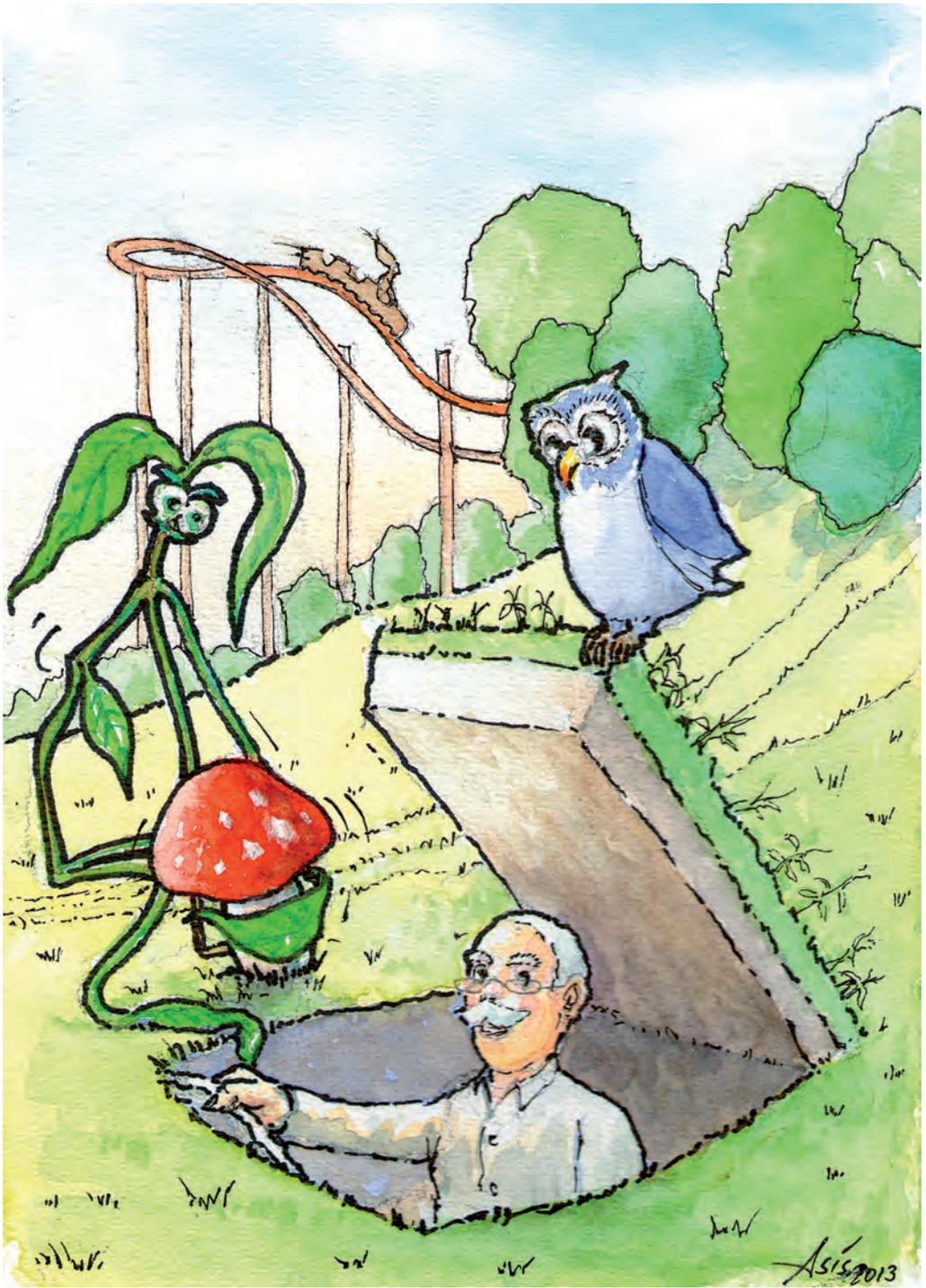
-Te lo digo si me riegas.

Florentina, no llevaba agua, pero como era muy coqueta, llevaba con ella un frasco de colonia. Así que utilizó la colonia para regar a Madero. De repente Madero se transformó en la flor más bonita del bosque y la que daba, además, el mejor perfume. Como estaba muy agradecida, le dijo a Florentina dónde estaba la seta y qué tenía que hacer para liberar a Pimpino.

En cuanto Pimpino salió de la caverna abrazó a Florentina y volvieron juntos a la cabaña.

A partir de ese día Florentina todas las mañana riega a Madero, la flor de mejor perfume del mundo. Y Pimpino le cuenta a Ojazos, una y otra vez, sus recursos de supervivencia y las aventuras que los cuatro habían vivido.

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.



Me enfado y me alegro

Alejandro Rivero Barros

Aula Hospitalaria del H. Xeral- Cíes (Vigo)

Me enfado con todos los que desprecian los bosques.

Me enfado con aquellos a los que no les importa lo que les pueda pasar.

Me enfado con los que los sobreexplotan, pensando que los bosques son sus esclavos y que pueden hacer con ellos lo que les venga en gana.

Me enfado con los que cortan árboles sin permiso porque piensan que los árboles son de ellos.

Me enfado con los que tiran basura al lado de los árboles o en los senderos y, sin embargo, tienen su casa muy limpia. El bosque es la casa de todos.

Me enfado con los que hacen hogueras porque piensan que nunca va a pasar nada.

Me enfado con los que dejan botellas en el suelo porque creen que eso de que pueden provocar incendios es una tontería.

Me enfado con los que estropean papel una y otra vez porque es barato.

Me enfado con los que no saben disfrutar y respetar al mismo tiempo.

Me alegro cuando puedo pasear o andar en bici por el bosque.

Me alegro cuando todo está limpio.

Me alegro cuando veo plantar árboles.

Me alegro cuando comemos en el bosque y todo queda igual que estaba.

Me alegro con el canto de los pájaros cuando tienen muchos lugares para hacer sus casas.

Me alegro cuando veo tantas hojas de colores.

Me alegro cuando respiro bien porque los árboles hacen su trabajo.

Me alegro cuando en verano tengo sombra para cobijarme.

Me alegro cuando puedo esconderme en el bosque.

Me alegro.



Lindatriste y Marcobello

Uxue Romaniega Trimiño

Aula Hospitalaria del H. Clínico Universitario de Valladolid

Érase una vez una princesa llamada Lindatriste que vivía en un palacio con su padre, el rey. La princesa estaba triste y en palacio nadie sabía por qué. Ni las amas de llaves, ni sus doncellas, ni el rey.

La princesa tenía una doncella para atender cada parte de su cuerpo. Una para los ojos, una para el pelo, una para las orejas, una para la nariz, una para la boca, una para las manos, una para los brazos y otra para las piernas.

Su padre le daba todo lo que quería para que sonriera, pero nada, no sonreía. Su padre trajo a palacio payasos saltarines, pero nada, tampoco sonreía.

Un día un guardia del palacio llamado Marcobello trajo del bosque a un enano con barba roja y ropa verde que iba siempre acompañado de su cuervo blanco. El enano tocaba muy bien el piano y a la princesa le gustó mucho. Así que el enano se marchó con su cuervo saltando de alegría porque había hecho sonreír a la princesa con su música. Marcobello también se alegró.

A los pocos días la princesa quiso salir hacia el bosque para poder encontrar otra vez al enano. Pidió a su madrina que ordenara a las doncellas prepararlo todo para adentrarse en el bosque y buscar al hombrecillo. También pidió que le acompañara el guardia Marcobello. Antes de marcharse su padre le dio un beso y le dijo que tuviera mucho cuidado y que volviera pronto a casa.

Por la noche, en el bosque, la princesa no podía dormir. Entonces oyó a Marcobello llorar así que salió a ver qué le pasaba. Cuando lo vio la princesa le mandó entrar a su tienda de terciopelo con seis colchones de plumas y le preguntó qué le ocurría. Marcobello le dijo que lloraba por su madre. Le contó que estaba enferma y que la habían echado de su casa porque no tenía dinero para pagarla. Él trabajaba de guardia para pagar la casa y el medicamento que necesitaba su madre pero en realidad a Marcobello no le gustaba nada ese trabajo aunque estaba contento por haber conocido a una princesa buena.

Entonces Lindatriste le propuso que se cambiaran las ropas. Ella se vestiría de chico y haría de guardia y él volvería a palacio haciéndose pasar por ella. El cambio sería fácil porque los dos eran guapos, con pelo rubio y ojos azules. Y así lo hicieron.

Al día siguiente el guardia vestido de princesa se fue a palacio y la princesa vestida de guardia se adentró en las aventuras del bosque. La princesa anduvo un buen rato siguiendo al cuervo y, aunque por un momento creyó verlo, éste desapareció detrás de unos árboles. De pronto se encontró a un ogro que no la dejaba cruzar si no le daba el dinero que necesitaba para comprar ropa y comida para su bebé. La princesa, como era buena, le dio el dinero y el ogro la dejó pasar.

Al cabo de un rato la princesa se encontró con dos elfos: uno mentía y otro decía la verdad. Ella les preguntó cuál era la dirección correcta para buscar al enano verde. Uno le dijo que debía ir hacia el este y el otro dijo que hacia el oeste, pero ella se dio cuenta de quién mentía porque ella venía del oeste y, por tanto, sabía que la dirección correcta era hacia el este.

Después de caminar un largo rato encontró la cabaña del enano. Además allí estaban el cuervo blanco, el ogro con su bebé y Marcobello con su madre. La princesa se sorprendió mucho al verlos a todos juntos. Entonces Marcobello se acercó y le explicó lo que había ocurrido. El rey creyó realmente que quien había regresado a palacio era su hija y, como estaba feliz y sonreía desde su viaje al bosque, le entregó una bolsa con monedas para utilizarla cuando quisiera. Marcobello había vuelto al bosque y había repartido las monedas entre todos los que lo necesitaban.

Vio Marcobello que la princesa Lindatriste sonreía al escuchar su relato y se puso de rodillas y le pidió que se casara con él. La princesa aceptó pero tenía miedo de que su padre no lo aprobase. Así que decidieron enviar al cuervo blanco a palacio con un mensaje para el rey pidiendo permiso para la boda. Pronto el cuervo blanco regresó con la buena noticia:

“EL REY ACEPTA VUESTRA BODA. TODOS ESTAMOS ALEGRES.
VOLVED PRONTO. OS ESPERAMOS”

Y así fue como Marcobello consiguió que Lindatriste sonriera. Y los dos fueron felices ayudando a los demás.



CATEGORÍA C

(de 14 a 17 años)

GANADOR CATEGORÍA C

Las vistas al bosque

Nazaret Cachón Fernández

Aulas Hospitalarias del H. Clínico Universitario de Valladolid

-Te lo dije.

Esas tres palabras retumbarían siempre en mi cabeza. Llegó Dani de visita y lo primero que hizo fue decirme eso. Y yo, tumbado en la cama, asentí con cara de pocos amigos.

Bueno, me presentaré, soy Lucas. Y Dani, de quien os hablo, es mi mejor amigo desde que éramos unos críos. Venía de visita como cada fin de semana desde aquel día en el que mi vida cambió por completo. Yo era el típico chico futbolero y despreocupado. Ahora me encontraba tirado en la cama de un hospital sin poder volver a ser yo. Ya llevaba dos semanas en aquella habitación haciéndome pruebas tras mi accidente de moto. Y sí, Dani me lo dijo, que no fuera el típico tonto que coge la moto de papá sin carnet. Pero como demostré, si lo fui. Mi madre había aprovechado la visita de Dani para salir a tomar un café. La pobre no se separaba de mí un solo segundo. No soportaría que, después de tanto esfuerzo por mantenerme ella sola, yo me esfumara sin más. Mi madre y yo vivíamos solos desde siempre, en un piso del centro. Así que, estar en el hospital con vistas a un bosque no era muy de

mi agrado. Siempre los mismos árboles... ¡Bah! demasiado verde para mí.

Llegaba la hora en la que Dani tenía que irse. Mi madre regresó y yo me despedí. Ella se sentó en la silla y se puso a leer un libro que le gustaba mucho, "Cumbres Montañas", creo que era, pero no me hagáis mucho caso, no le prestaba atención. Yo me puse los cascos y me di la vuelta. Miré por la ventana y vi ese bosque de todos los días, oscuro, con luna llena y movimiento en la copa de los pinos. Y mirándolo, me quedé dormido.

Amanda

Como era época de exámenes mi madre insistió en que yo estudiara en el hospital y, como no había nada mejor que hacer, acepté. Una chica alta y morena, llamada Amanda, era la encargada de traerme los apuntes de clase, aunque nunca habíamos hablado. Después de comer entró por la puerta. Llevaba el uniforme del instituto y el pelo suelto. Me miró y, al empezar a andar, tropezó. Empecé a reírme pero, al ver como sus ojos se posaban fijamente sobre los míos exhalando una vergüenza sin igual, se me cortó la carcajada. Se sentó a mi lado y, con la mirada baja y la voz temblorosa, me mostró mis apuntes y me dijo que si me podía ayudar en algo la avisara. La escuché con atención, cosa que no suelo hacer con la gente. Al irse se despidió de mí con una dulce sonrisa. Llegó la noche una vez más. Como se puede ver, mis días allí no eran especialmente divertidos. Mi madre con su libro y yo con mis cascos. Miré a través de la ventana y, en medio de aquella oscura noche, vi sorprendido el reflejo de los ojos negros de Amanda. Me froté los ojos porque no daba crédito a lo que veía. Al mirar la luna vi su sonrisa de despedida.

Tantos días en el hospital me debían estar volviendo loco. Decidí centrarme y observar más a fondo el bosque. Primero las copas de los árboles que ondeaban al viento como si estuvieran bailando una melodía que éste mismo les silbara. Fui bajando la mirada y llegué a la mitad del árbol, donde el tronco se bifurcaba en varias ramas, y vi una especie de pájaro desconocido para mí que tenía allí su nido con sus polluelos. Al bajar la mirada del todo vi un enorme hormiguero y todas las hormigas trabajando. Después de haberme fijado tanto en algo que era tan insignificante, me dormí.

Domingo

Es domingo y, tras una semana de estudios con Amanda y un sábado con Dani, hoy viene mi abuelo Adriano. Él me quiere mucho y siempre me dice: "El día que yo no esté, tú serás el rey de Lucinda". Lucinda es su vieja vaca. A la pobre, muchos tetabrics no le deben quedar. Pero bueno, que me desvíó del tema. Estuvimos hablando él, mi madre y yo. Toda la tarde recordando buenas épocas, aunque me daba la sensación de que mi abuelo se estaba despidiendo de mí, veía su mirada perdida y distante. ¿Y si le pasaba algo? Yo no podría vivir sin mi abuelo, igual que un año sin lluvia, igual que ese bosque de mi ventana sin árboles, sin animales... ¡No, no podía ser!

En cuanto se fueron mi abuelo y mi madre, llegó Amanda. Venía de sorpresa y me trajo un ramo de flores, justo del trozo de bosque que se veía desde mi ventana. Me dijo: "Ya que lo puedes ver, así también lo podrás oler y tocar y te dará la sensación de estar más cerca de él". Me besó dulcemente la frente y le conté lo de mi abuelo. Ella me animó muchísimo. Después de la cena

vi a mi madre preocupada, pero le eché la culpa al libro ese que ella lee. Seguramente, le habría ocurrido algo al don Juan del libro y estaría sufriendo por él. Me di media vuelta y, mirando el bosque, que cada día me gustaba más, me quedé profundamente dormido.

Me doy cuenta

Lunes. Me despierto y veo a un montón de enfermeras en mi habitación, colocándolo todo, moviendo las cosas. Mi madre entra del pasillo, se me acerca y me da una noticia. Por un lado, me alegro de que la preocupación que pasé el día anterior por mi abuelo fuera en vano. ¡Ahora lo entendía todo! Pero por otro lado, me derrumbé, no sabía qué hacer, ni qué decir. Entraba a quirófano en media hora. En los ojos de mi madre se notaba la preocupación. Lo único que se me ocurrió fue acercarme como pude a la ventana, abrirla y oler el bosque. Olía igual que el perfume de Amanda. Ni siquiera podía hablar con ella antes, ni con Dani. No me dio tiempo a reaccionar porque ya llegaban a buscarme. Cuando salía por la puerta tumbado en la camilla y con la vista clavada en el bosque, lo entendí todo. En la vida, si quiero salir adelante, tengo que esforzarme al igual que las hormigas y rodearme de gente que me quiere y me apoya como el pájaro con sus polluelos, como Dani y mamá. Y si esto no me falla, al igual que el tronco no le falla al árbol, podría disfrutar como las copas de los árboles en el viento. Y entendí lo más importante, lo que no se ve a simple vista y por eso sólo se veía de noche, lo que realmente quiero.



Mención Honorífica

Cecilia, el alma del bosque

Salvador Madrid Vivancos

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Hospital Universitario Morales Meseguer.

El sol del ocaso, lento y perezoso, se esconde tras la serranía del Valle de Rolls, coloreando el firmamento de tonos rojizos y anaranjados que recuerdan las llamas de un fuego ardiente. La luz del día, poco a poco, deja paso a la oscuridad de la noche. Con el despertar de la luna y las estrellas, los habitantes de Villaventura regresan a sus casas en busca de la cena y el buen descanso. No corre la misma suerte para Casiano quien, sin descanso alguno, continúa la jornada en la fragua hasta la medianoche. Martillo en mano, forja sobre el yunque el hierro caldeado al rojo vivo, dejándose la piel día tras día y noche tras noche para que a su esposa Inés y a su hija Cecilia no les falte de nada.

Las campanas de San Isidro pregonan la llegada de la medianoche y Casiano, por fin, cierra la fragua y regresa a casa. Al llegar no encuentra nada más que silencio y tranquilidad pues su mujer y su hija ya duermen. Hambriento, va a la despensa en busca de un buen trozo de chorizo al que acompañar con un mendrugo de pan. Cuando termina, se lava las manos y la cara y, lentamente, sube las escaleras camino de su alcoba. Pero antes de llegar a ella, al pasar por delante de la habitación de Cecilia, se detiene. La escucha respirar fuertemente y de una forma muy

acelerada. Entra y se acerca a ver a la niña. El rostro de la pequeña no puede estar más pálido. El intenso latido de su corazón le pone los pelos de punta. Casiano intenta despertar a Cecilia pero la niña está inconsciente y no responde. Inés, que dormía, se despierta al oír a su marido gritando desesperado el nombre de su hija. Salta de la cama y corre a ver qué sucede.

-¿Qué ocurre Casiano?

-¡Cecilia no se despierta! ¡Creo que está inconsciente!

Por un instante Inés parece no estar en este mundo. Es incapaz de ver a su hija en ese estado. Pero enseguida reacciona diciendo:

-¡Hay que avisar a don Rafael!

-No, mejor que nos acerquemos nosotros hasta su casa – concluye Casiano.

Escaleras abajo Casiano lleva a su hija en brazos hasta el portal. Antes de salir Inés cubre con una manta a Cecilia para protegerla del frío y de la humedad de la noche. Inmediatamente salen afuera y, a toda prisa, corren a la casa del médico. Nada más llegar Inés toca una y otra vez en la enorme puerta de madera. Después de una breve espera la puerta se abre. Tras ella aparece el rostro de la vieja Amalia, la madre de don Rafael, quien viendo la urgencia, rápidamente les hace pasar. Los conduce hasta el salón, donde esperan mientras ella acude a buscar a su hijo. Al poco el médico cruza la entrada del salón y se acerca hasta la niña.

-Esperen en el zaguán mientras veo a Cecilia. Mi madre les preparará una tila.

La espera se hace eterna. Ya han pasado más de veinte minutos desde que el médico entró en la estancia. Inés no para de dar vueltas de un lado a otro. Casiano intenta tranquilizarla.

-No te preocupes mujer, seguro que no será nada.

Al fin la puerta corredera del salón se abre. El rostro serio de Don Rafael no parece traer buenas noticias.

-Díganos doctor, ¿qué le ocurre a nuestra hija? - pregunta Inés muy preocupada.

-Les voy a ser sinceros, no parece algo sin importancia. Los síntomas son muy extraños. ¿Saben si Cecilia ha hecho algo fuera de lo normal en las últimas horas?

-Pues la verdad, que yo sepa, no. Fue al colegio y luego regresó a casa, como todos los días.

-Bueno, de momento le he administrado un calmante que disminuirá la velocidad de la respiración y del latido del corazón. Mientras tanto habrá que esperar a que despierte y recupere el conocimiento. Lo mejor es que pasen la noche aquí.

A la mañana siguiente Cecilia abre los ojos. Su rostro, ahora iluminado por la luz que entra por el ventanal, ya no está pálido, y el ritmo de sus pulmones y de su corazón es normal. Desorientada en ese lugar, le parece oír más allá de la puerta las voces de sus padres y de algún que otro extraño. Intenta levantarse para ir hasta ellos, pero es inútil, no siente las piernas. Asustada, llama llorando a su madre, quien unos segundos más tarde entra en el salón acompañada de su padre y del médico.

-¡Hija mía! - grita Inés mientras corre a abrazarla.

-Mamá, ¿qué me pasa? ¡No puedo andar!

-¿Cómo que no puedes andar? -pregunta Casiano extrañado a su hija.

-No sé papá, ¡pero mis piernas no me hacen caso!

-¡Qué raro! No entiendo nada -dice don Rafael.

Durante un buen rato, el médico mira y remira a Cecilia de arriba abajo, sometiéndola a constantes estímulos y ejercicios para confirmar, o no, lo que la niña dice. Pero efectivamente, la pequeña se ha quedado sin movilidad en las piernas. Sin encontrar ninguna explicación lógica al asunto, don Rafael pregunta a la niña:

-Dime, Cecilia, ¿qué hiciste ayer?

-Pues me levanté y, como todos los días, fui a la escuela -la voz de Cecilia tiene un tono algo tembloroso- y después volví a casa.

-Entonces, ¿no ocurrió nada que a ti te pareciese extraño? -insiste don Rafael, que no parece muy convencido con las palabras de la niña.

-No, no señor.

En verdad, sí había pasado algo extraño, fuera de lo normal para un ser humano. Pero, si Cecilia contaba aquello, seguro que nadie la creería.

-¿No te habrás acercado al bosque que hay al otro lado del río, verdad? -pregunta por sorpresa la vieja Amalia, que anda por allí enterándose de todo.

Es oír la palabra "bosque" en labios de la vieja y Cecilia casi se desvanece otra vez. Menos mal que está en casa del médico y la cosa no va a más. Enseguida se recupera del susto.

-Por lo que veo, sí que has estado. Dime, hija, ¿cómo llegaste hasta allí? - pregunta muy interesada la vieja.

-Quizás le parezca que estoy loca por lo que le voy a contar pero, si así lo desea, lo haré. Ayer por la mañana, cuando me faltaba poco para llegar a la escuela, sentí que alguien me llamaba una y otra vez desde muy lejos. Miré a mi alrededor pero no encontré a nadie. Entonces noté que me tiraban del vestido. Se trataba de una salamandra, pero era diferente a las demás. Brillaba como el oro y sus ojos, verdes como esmeraldas, me hipnotizaron. La salamandra echó a correr y fui tras ella. Me condujo a la mina abandonada que hay en el bosque. Al entrar en la vieja galería, unas voces muy agudas y de un tono muy gracioso, volvieron a pronunciar mi nombre. De pronto, tropecé y caí al vacío. Cuando me di cuenta estaba entre un montón de personas bajitas con una enorme cabeza que reían sin parar a mi alrededor. Estos seres me dijeron que si probaba sus trufas me convertiría en su reina y podría visitar aquel lugar mágico cada vez que quisiera. Les hice caso y me comí una de ellas. Y esto es todo cuanto recuerdo hasta hoy.

-Es normal que hayas tenido alucinaciones -dice don Rafael sonriente.

-¡Cállate! Lo que la niña dice es cierto -reprocha Amalia a su hijo- Y ya es hora de que se sepa.

-Pero madre, ¿qué está diciendo? ¡Anda, no desvaríe!

Ni el matrimonio, ni el propio doctor dan crédito a lo que la vieja dice. Ésta, sin hacer caso a las palabras de su hijo, los saca fuera del salón para que Cecilia no escuche nada de lo que se dispone a contar.

-Hace unos cuantos siglos el Valle de Rolls era conocido como Tierra Extraña. Aquel era un lugar en el que la vida giraba por igual, tanto para los humanos como para los seres mágicos. Pero no siempre fue así. Se sucedieron grandes batallas entre el mundo real y el fantástico, con la intención de gobernar el uno sobre el otro. Con el tiempo, nuestros antepasados consiguieron amaestrar a algunas especies mágicas, que fueron utilizadas en la lucha contra el otro mundo. Esta gente recibió el nombre de brujos, magos y hechiceros. El problema vino cuando Vidal, el último rey de Tierra Extraña, utilizó aquellas especies para someter a otros pueblos, provocando la muerte de miles de personas. Muerto aquel tirano, se acordó que debía existir una clara separación entre los dos mundos que acabase con tanta destrucción. Los seres mágicos se retiraron al bosque. A los brujos, magos y hechiceros les dieron dos opciones: renunciar a sus poderes y llevar una vida normal o marcharse al bosque con el resto de las criaturas. Por último, para hacer efectivo el pacto, el corazón del rey fue enterrado en las entrañas de la tierra, quedando bajo custodia y protección de la legión del bosque, una manada de centauros. Fueron estos los seres elegidos, por tener su cuerpo dividido entre el mundo humano y el mitológico.

El médico pregunta:

-Madre, si todo eso ocurrió hace siglos, ¿cómo lo sabe?

-Hijo mío, yo fui bruja y las brujas vivimos muchos años. Un

día lo dejé todo por amor, casándome con tu padre. ¿De dónde crees que has sacado tú el interés por la medicina si no es de mí?

-¿Qué tiene que ver mi hija con todo eso? -interrumpe Casiano.

-No todas las criaturas quedaron satisfechas con lo pactado -continúa la vieja- por lo que es muy probable que estén intentando volver a este mundo para causar el caos y la destrucción mediante la resurrección del corazón de Vidal, utilizando para ello un alma inocente como la de Cecilia. Un momento, ¿qué día es hoy?

-Me parece que diecisiete de junio, ¿por qué? -dice el médico.

-¡Porque faltan siete días para San Juan!

-¿A qué viene tanta urgencia por ese día? -pregunta Casiano, intrigado.

-Aquel fue el día que se firmó el pacto. De ahí, el origen de las hogueras en la noche de San Juan. Las criaturas del bosque esperarán a que llegue ese día y, cuando el fuego se apague, Cecilia morirá y el corazón de Vidal resucitará.

Después de oír las últimas palabras de Amalia, los ojos de Inés y Casiano se llenan de lágrimas. Casiano abraza a su mujer para consolarla.

-¡Hay que evitar que eso ocurra, por Dios! - dice Casiano gritando.

-Sólo una cosa podría impedirlo: encontrar el corazón de Vidal y prenderle fuego en la hoguera de San Juan. Para ello, tendréis que buscar a la legión del bosque.

-¡Haré lo que sea por salvar a mi hija!

-Entonces tendrás que ir a los pozos de la nieve en lo alto de las montañas del valle. Allí encontrarás a los centauros. Cuéntales todo lo que sucede y ellos, como seres sabios que son, te conducirán a las entrañas de la tierra.

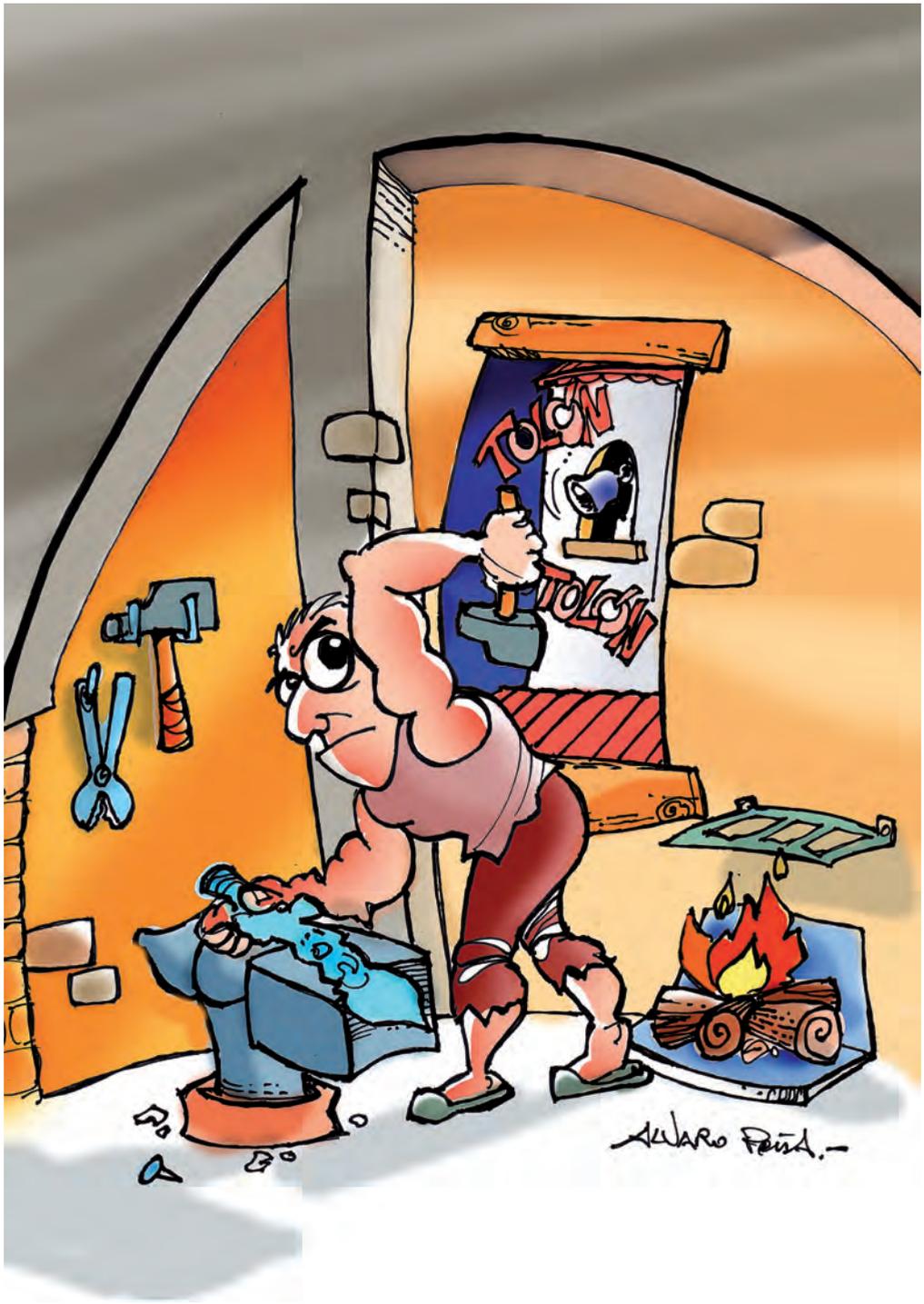
-¡Mañana mismo partiré a las montañas y juro por mi hija que volveré con el corazón del rey ése para que arda en el fuego!

A la primera luz del alba, Casiano emprende su viaje camino de los pozos de la nieve. En Villaventura queda su esposa esperando su regreso al cuidado de Cecilia. Casiano camina sin descanso durante días cruzando ríos y montañas. A veces, la oscuridad del bosque le hace perder la cabeza, desorientándose una y otra vez. En numerosas ocasiones le acecha la muerte. Al cabo de los días, una tormenta lo sorprende en mitad de la noche. Buscando refugio va a parar a una cueva que resulta estar habitada por un horrible cíclope que casi lo devora. Menos mal que Casiano lleva con él su martillo y se lo lanza al cíclope en su único ojo.

Finalmente, sano y salvo, Casiano llega a los pozos de la nieve. Allí es recibido por los legionarios del bosque. Cuando les cuenta su historia, los centauros admiran su valentía y su coraje como padre. Éstos comprenden la doble importancia de su misión y no dudan en entregarle el corazón del rey Vidal. Pero, a cambio, los centauros le piden que entregue su vida a la legión acompañándoles en la labor de proteger y custodiar la magia del bosque. Y conociendo su profesión le ruegan que les ponga unas buenas herraduras ya que han sido muchos los años cabalgando en aquellas tierras. Casiano acepta, con la condición de formar parte de la legión del bosque sólo durante la noche. De día seguirá llevando su vida normal, junto a su familia. Los centauros

están de acuerdo y dejan marchar al herrero para cumplir con su cometido.

Ya de regreso, se halla Casiano cruzando el puente camino de Villaventura cuando, a lo lejos, puede escuchar el campanario de la iglesia marcando las doce. Empieza la noche de San Juan y en la plaza del pueblo se está encendiendo la hoguera. Debe llegar antes de que el fuego se apague pero está muy cansado después de largos y difíciles días de viaje. En ese momento, la imagen de su hija enferma le viene a la mente haciéndole sacar de su interior una fuerza que jamás hubiera imaginado tener. Al fin consigue llegar a la plaza abriéndose paso entre la multitud que festeja esa noche. Al llegar a la hoguera, apenas quedan algunas brasas encendidas. Casiano saca el corazón y lo echa sobre ellas. Por un momento, el corazón comienza a latir intensamente pero se detiene y una gran llamarada de vivos colores surge de la hoguera apagada. Los ojos de Casiano quedan poseídos por la intensa luz del fuego. Puede escuchar como las voces de las criaturas mágicas arden en la lumbre. Entonces alguien le toca por detrás. Se da la vuelta y encuentra a Cecilia. Se agacha y la abraza fuertemente.



Lo intentaré

Lucía Quesada del Río

HD CET Pradera De San Isidro (Madrid)

Estaba huyendo. Corría y corría por el campo con lágrimas en los ojos, frío en las manos, las mejillas sonrosadas y una inocencia pura dentro de sí. No podía creerlo, no, de ninguna manera podía pensar en la posibilidad de que aquello le hubiera sucedido a él. Eran sus padres y ahora... Ahora ya no estaban, habían muerto.

Ezio paró, estaba cansado y exhausto. ¿Cómo podía haber ocurrido? No entendía nada, debía de ser un mal sueño.

-Quizá debería volver. ¿Qué puedo hacer? –se preguntó Ezio sollozando.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba perdido, allí, en aquel inmenso campo. Pero, ¿qué era aquello? ¿Un bosque? ¿Allí? Qué extraño, no recordaba que hubiera ningún bosque cercano, parecía inexpugnable.

-¿Qué será este lugar? –pensó Ezio- Me acercaré a verlo.

El chico continuó adentrándose en aquel misterioso bosque que parecía una tundra boreal, cubierto de esponjosa neviza, como si fuera una postal. Según se iba adentrando encontraba

cosas cada vez más inexplicables, como un río que emitía un destello púrpura, unas plantas enormes incluso más altas que él, de tonos verdes y azulados y árboles de frutos rojos similares al mango. De repente una fuerza empezó a invadirle, sentía como si algo intentase adentrarse en él. Al mismo tiempo no podía dejar de recordar a sus padres. La debilidad podía con él y, cuando quiso darse cuenta, estaba en el suelo a punto de quedarse dormido. Pero, antes de caer en ese profundo sueño vio algo. ¿Qué era? ¿Una mujer? Entre visiones borrosas sólo pudo fijarse en sus profundos ojos negros, en los que se percibían tinieblas. Tenía el cabello azabache y vestía ropas oscuras.

Cuando despertó estaba amaneciendo. El cielo se cubría de profundos colores rojizos y violáceos. Ezio comenzó a llorar, necesitaba desahogarse y liberarse de aquella losa que sentía sobre sí mismo. El joven de diecinueve años aún no comprendía nada de lo que le había sucedido ni quién era aquella extraña mujer que tan mal le había hecho sentir. Se levantó y se sacudió la ropa. Estaba sucio por haberse desmayado de aquella manera.

Ezio siguió andando por aquel misterioso lugar observando las maravillas que se postraban ante él. A lo lejos podía observar una hermosa cordillera azul que casi se confundía con el cielo y las cimas anaranjadas.

Lo cierto es que Ezio no sabía cómo sentirse. Por un lado estaba en aquel fantástico lugar. Por otro la incertidumbre y la ira lo machacaban a cada segundo. De pronto distinguió una figura a lo lejos. Qué extraño, ¿habitaría alguien aquel lugar?

Bajó la colina en la que se hallaba y dejó atrás aquella espesura verde-turquesa. Pronto se aproximó a aquella figura. Parecía un

hombre algo corpulento. Una capa rojiza lo cubría de pies a cabeza. Estaba contemplando el horizonte.

- Hola...

- Hola, Ezio. Has tardado mucho -dijo el hombre con una media sonrisa.

- ¿Cómo sabes mi nombre? ¿Se puede saber qué significa esto?

- Pronto lo entenderás todo. Estás en Hyrune.

- ¿Hyrune? ¿Pero tú quién eres? Estoy empezando a pensar que todo esto es sólo un sueño.

- Tranquilo. Antes de ayudarte en tu viaje debes conocer a alguien. Sobre todo nunca olvides que en toda oscuridad siempre hay una luz y, cuanto más te acerques a ella, mayor será tu sombra.

Aquellas palabras contradictorias no hicieron más que confundirle.

- Acompáñame, Ezio. No tardaremos mucho.

Aquel hombre le tenía completamente anonadado. No parecía tener más de cuarenta años y había algo extraño en sus ojos, una especie de destello bermellón.

- Ya hemos llegado.

El hombre emitió un leve silbido y pronto apareció una mujer joven. Tenía el pelo castaño y unos profundos ojos azules en los que Ezio se perdió unos instantes. Sus rasgos eran suaves y su piel blanquecina. Emitía un aterciopelado y embriagador aroma.

-Hola Ezio. Te estábamos esperando -la alegre muchacha sonreía aunque a la vez tenía una firme mirada- Me llamo Constancia. Voy a guiarte siempre en tu camino si tú te esfuerzas. No abandones y acabarás encontrando tu lugar. Estás en Hyrune. Este lugar sólo está hecho para personas tan especiales como tú, Ezio. Sólo podrás estar una vez y aprenderás a manejar tus emociones.

-Un momento, ¿cómo que una persona especial? ¿Por qué? Yo... yo solo soy un chico normal y acabo de perder a mi familia.

-No temas, Ezio -intervino el hombre- Yo soy Ira y la mujer que te encontraste ayer es Miedo.

-O sea, ¿que vosotros sois sentimientos? Eso explica lo mal que me sentí al ver a aquella mujer de negro.

-Así es, joven. A lo largo de tu aventura encontrarás diferentes seres como nosotros que te dominarán por dentro si lo precisan hasta que tú no aprendas a controlarlos y mantener la serenidad.

-Creo que empiezo a entender por qué estoy aquí -dijo Ezio con la mirada perdida.

-Ezio, este lugar es como un limbo, un espacio entre el cielo y la tierra que pocos pueden catar. ¿Ves aquella fortaleza?

-Sí, cómo para no verla, es gigantesca.

-Allí debes dirigirte. Encontrarás un río cerca de aquí, el río Tandel. Bájalo hasta que encuentres una laguna burbujeante y rodéala. Cuando lo hagas, cruzarás un desfiladero de piedra y al final llegarás a un lugar llamado Rhyn. Allí podrás hablar con otra mujer que te indicará cómo llegar al castillo. Te daré un mapa para que no lo olvides.

-Me pondré en camino- repuso el chico.

-Ten cuidado, Ezio -dijo Constanca con gesto amable- No dejes que nada se interponga en tu camino.

Ezio estaba abrumado, demasiadas cosas rondaban en su cabeza. ¿Qué habrían querido decir con que él era especial? Se alejó de aquellos seres y bajó el valle hasta llegar a aquel misterioso río púrpura. Se acercó y decidió lavarse un poco la cara para despejarse. De repente vio algo acercándose hacia él desde el fondo de aquel río que no parecía tener final. No podía creer lo que estaban viendo sus ojos, aquel ser parecía una hermosa sirena. Ella se alzó ante él y le dijo:

- Hola Ezio.

- Esto... hola -contestó él mientras se llevaba la mano al cuello y miraba hacia otro lado.

- En cuanto me he enterado de tu llegada he venido a buscarte.

La bella sirena se acercó a él y le empezó a acariciar suavemente la cara. El joven estaba totalmente embriagado por la belleza de aquel ser y el brillo de sus ojos, destellantes como el río.

- Ven conmigo.

No se lo pensó dos veces se despojó de su ropa y fue río abajo. Aquel misterioso ser le cogió la mano y lo condujo hasta el fondo. Al tocarle pudo respirar bajo el agua, cosa que le fascinó.

De pronto ella lo besó y un mar de sensaciones exploraron su cuerpo, desde el corazón hasta cada una de sus extremidades. Pero algo no iba bien, abrió los ojos y se dio cuenta de que aquella malvada criatura estaba clavándole unas poderosas garras en el pecho.

- ¿Qué pretendes? ¿Acaso quieres matarme?

Ezio se apartó rápidamente intentando comprender la tesitura en la que se había colocado. Entonces un pequeño flash recorrió su mente y vio un ser totalmente distinto del que había visto antes. Una gran boca llena de afilados dientes y unos ojos entornados con el ceño fruncido.

- Tú... ¡Tú eres Envidia. ¿Cómo no he podido darme cuenta antes? Me habías hechizado.

- ¿Cómo pudiste hacer caso a esos cretinos?

La sirena le arañó el pecho dejándole marcado de por vida y huyó nadando. Ezio nadó hasta la superficie y salió del agua. Presto, se secó y volvió a vestirse. Intentó seguir los consejos de Constanca y, tras consultar el mapa, prosiguió su camino río abajo.

Pronto llegó a la laguna. Ésta emitía una luz gris que a Ezio no le gustó nada. Había niebla en aquella zona y, aunque asustado, rodeó la laguna como le habían dicho. Encontró el desfiladero tras la sombra de los gigantescos árboles que allí se alzaban y se aproximó a cruzarlo. Dos enormes masas de piedra se postraban ante él pero venció su miedo y, con la vista al frente, siguió andando.

Mientras Ezio caminaba, bandadas de pájaros se oían a lo lejos en los inmensos cielos de Hyrule. Finalmente la luz apareció ante él y, con un ligero sopor, salió de aquella tundra.

- Según esto, ya debería estar en Rhyn.

Ante él se erguía un lugar algo devastado pero maravilloso a

sus ojos. Era un terreno árido y rojizo repleto de grandes rocas fungiformes y areniscas.

-Si este lugar lo encontrasen los geólogos se volverían locos -pensó Ezio.

Siguió andando por aquel páramo hasta llegar a un gran árbol que se alzaba en mitad de la nada.

- ¿Qué hace un árbol aquí? Es de locos.

De aquel árbol brotaban unas inmensas raíces y, junto a él, una mujer con una capa de un verde intenso admiraba el horizonte. De pronto ella se giró y lo miró. Tenía el pelo rojo y los ojos azules. El chico pudo apreciar su gélida mirada a metros de distancia.

- Buenas sean tus tardes Ezio. Soy Esperanza.

Una inmensa fuerza recorrió cada centímetro de su sonrosada piel. Por una vez en mucho tiempo se sentía vivo y lleno.

- Me alegro de verte, Esperanza. Necesito ayuda para llegar al castillo.

- Así que quieres llegar al Castillo de Solaris -intervino ella- Bien, te diré cómo llegar. Debes cruzar el cañón en el que nos encontramos, después cruza el desierto de sal y llegarás al castillo, al norte de aquí.

- Gracias, Esperanza.

- No hay por qué darlas. Tu camino lo trazan tus pasos y eres tú el que ha llegado hasta mí.

Ezio continuó y pronto dejó atrás el cañón. Entre tanto, anocheció.

- Creo que debería dormir un poco. Además no se ve nada.

El joven buscó cobijo y vislumbró una cueva donde decidió entrar a dormir. Pero a la aventura de Ezio aún le quedaba un largo recorrido. Dentro de aquella cueva se sintió algo extraño. Miles de recuerdos invadían su mente: su infancia, su adolescencia, retales de una vida no muy larga. Hasta que de repente escuchó a alguien cantar.

-Oh, dios, otra mujer no. ¡Quiero dormir!

Lo cierto es que aquella embriagadora voz le inundó de emociones.

- ¿Hola?

- ¿Ezio?- dijo la mujer de ropas violetas.

- Tiene que dejar de sorprenderme que todos me conozcáis.

- Siéntate aquí un rato, debes estar cansado.

Ezio se sentó junto al fuego que había allí prendido, pensativo.

- Lo sé todo sobre ti. Has sufrido mucho y seguirás sufriendo durante toda tu vida. Pero qué sería de la vida sin complicaciones, ¿no?

-Tengo ganas de llorar.

-Normal, yo soy Melancolía. Lloras si lo necesitas, pequeño, eso es bueno.

Ezio se abrazó a Melancolía y se deshizo en lágrimas hasta quedarse dormido. Cuando despertó era de día y, como se esperaba, Melancolía ya no estaba allí. Se levantó y, tras estirarse, esbozó

una sonrisa, cogió su mapa y se fue de la cueva. Siguió hacia el norte donde se divisaba el Castillo de Solaris. Rápidamente llegó a aquel extraño desierto blanquecino. Se puso la camiseta en la cabeza y siguió andando hasta que, bastante tiempo después, consiguió dejar atrás el desierto, aquel sol abrasador y su pinta de hippie. Pronto llegó a un gran puente de piedra que tuvo que cruzar. Al fin llegó al afamado castillo y llamó a un antiguo timbre para poder pasar. La puerta se abrió sola. Dentro había un enorme vestíbulo de mármol blanco y unas altas escaleras subían al piso de arriba.

-¿Hola? -se escuchó un profundo eco por todo el castillo.

Ezio subió y exploró el primer piso. Nadie se encontraba allí o eso parecía. Siguió subiendo una escalera de caracol. Era inmensa y, en cada piso, se paraba a investigar cada habitación. Todas vacías.

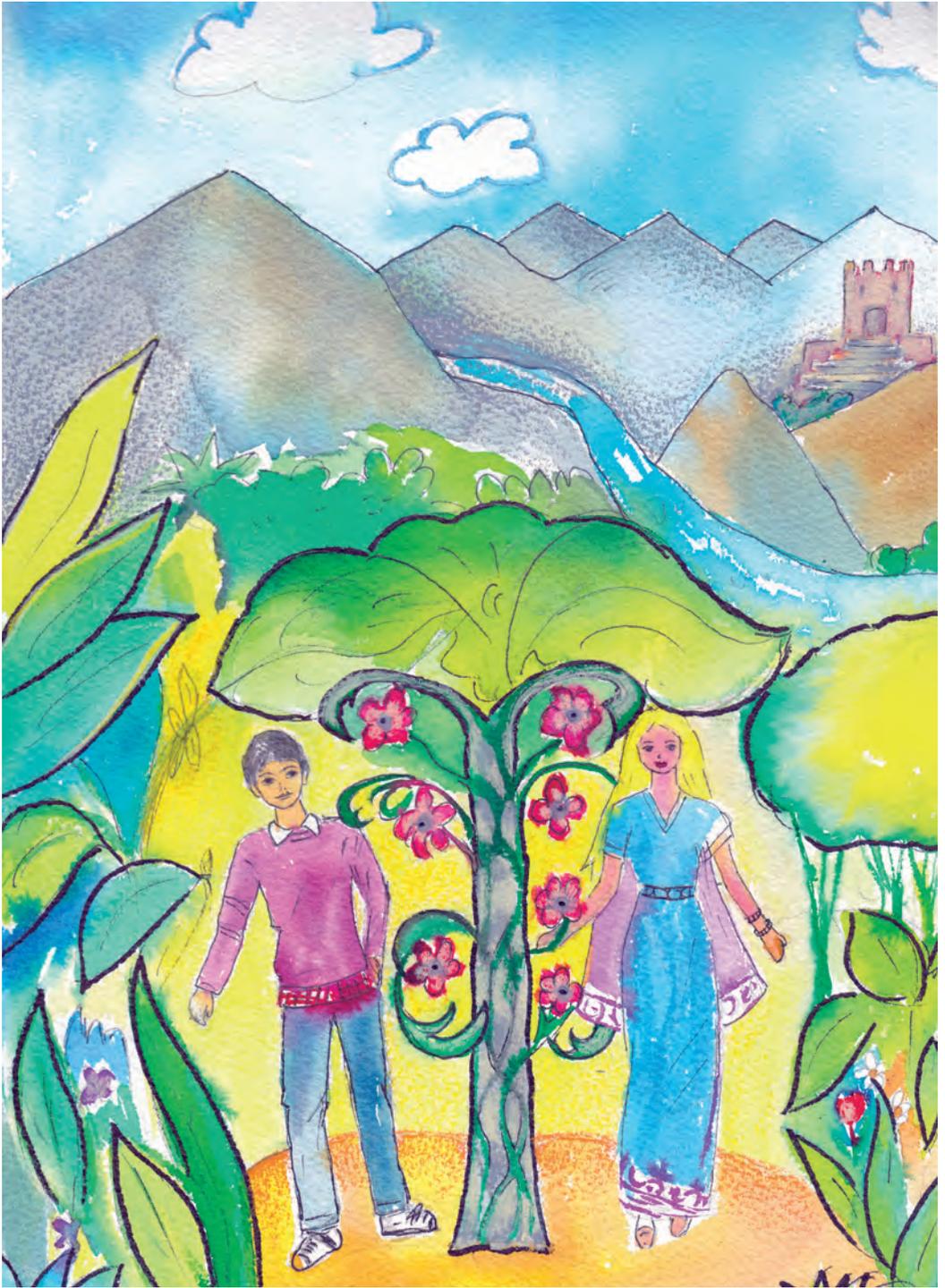
-Solaris... Sol, sola, solo. Un momento -dijo sorprendido- ¡Claro! Ya entiendo. Aquí debe habitar Soledad y lo que debo hacer es aprender a convivir conmigo mismo.

Pasaron semanas y meses y nadie aparecía por allí. Mientras, Ezio lloraba, reía, recordaba... Sobrevivía buscando comida y agua.

Finalmente un día Soledad apareció ante él. Ezio se quedó paralizado y rompió a llorar. Fue entonces cuando Soledad le dijo:

- Tu viaje ha acabado, Ezio. Ve con Libertad, ella siempre te será leal.

Y así es como Ezio aprendió de sus aventuras.



La joya de la vida

Ouarda Amakran

Unidad Pedagógica Hospitalaria del H. La Fe (Valencia)

Hace ya mucho tiempo una diosa de suma belleza llamada Danaé decidió instalarse en un pequeño planeta y crear vida. Con su inmenso poder creó animales y un gran bosque. Allí, a partir de sí misma, concibió a cinco seres fantásticos a los que dio forma de hadas. La primera fue la encargada de cuidar de todas las demás. Su nombre era Nereida, tenía los ojos y el cabello de color rosado. Ella fue nombrada emperatriz. Posteriormente nacieron Talía, Daira, Yanira y Raisa. Nereida recibió de la diosa Danaé el poder de cuidar y guiar a las hadas. Talía, domadora de las aguas, sería la encargada de cuidar el lago y los peces. Daira, protectora del bosque, recibió el poder de la fertilidad. Yanira recibió el don de la comunicación con los animales y el poder de curarlos. Y Raisa se encargaría de la luz y los cultivos. Una vez las hubo creado la diosa Danaé se quedó en el centro de la ciudad de las hadas convertida en árbol.

Además de la ciudad de las hadas en el bosque había cuatro aldeas. En la ciudad vivía una pequeña hada de nombre Dulcina. Esta joven era diferente a todas las hadas de la ciudad ya que

tenía los ojos grandes de color ámbar y el cabello castaño. Ella no tenía ningún don y se lamentaba de no ser de utilidad.

Un día Dulcina recibió una carta de la emperatriz en la que le pedía que fuera a palacio a hablar con ella. Dulcina acudió inmediatamente y, de camino, pasó por el inmenso árbol de la diosa Danaé. Junto al árbol se encontraba el gran ámbar. La joven se detuvo a rezar frente a la diosa y, cuando volvió a encaminarse hacia su destino, se paró a contemplar el gran ámbar, quedándose maravillada por dicha piedra. Después de esto llegó a su destino.

-Quiero pedirte una cosa de suma importancia -le dijo la emperatriz- Quiero que seas la guardiana del ámbar sagrado -concluyó con seriedad.

Por un momento Dulcina no supo que contestarle. Ella, que no tenía poder alguno, que era diferente de los demás... ¿Por qué le pedían hacer algo tan importante?

-La razón es que tú eres diferente a todos nosotros. Seguro que nuestra madre te ha dado su bendición -dijo la emperatriz con cierta dulzura.

Dulcina estaba muy sorprendida pero las últimas palabras de la emperatriz la reconfortaron un poco y asintió con la cabeza.

-Entonces, cuento contigo. Mejor será que te vayas ya a tu puesto -dijo Nereida.

A la emperatriz se le notaba una expresión de orgullo viendo cómo la joven corría feliz por los pasillos de palacio. Dulcina se dirigía hacia el ámbar cuando la detuvo una de las hadas del cuidado. Su nombre era Brena y, como todas las hadas del cuidado, tenía los ojos y el cabello color púrpura y también era muy envidiosa.

-No entiendo que a alguien tan enclenque como tú le hayan dado un encargo tan bueno -le dijo con sarcasmo- Tú, que nunca has hecho nada, te paseas ahora con esa actitud arrogante. Sin embargo nosotras, las hadas del cuidado, nos encargamos de mantener a las demás hadas y asignarles lugar adecuado para ellas según su don. ¿Pero qué has hecho tú en todo este tiempo? -preguntó Brena con rabia.

-Tienes razón - dijo Dulcina con tristeza- No pude hacer nada durante todo este tiempo, por eso ahora intentaré hacer mi trabajo lo mejor posible.

Tras estas palabras Dulcina se dirigió a la plaza y observó que la piedra estaba sucia, así que empezó a limpiarla con cuidado porque, a pesar de que era una piedra poderosa que mantenía el bosque con vida, era también muy frágil. Al anochecer, antes de irse, se paró de nuevo ante el árbol de la diosa y volvió a rezar. Después se encaminó a su casa pero Brena se quedó esperando para hacer de las suyas. Sin ser vista por nadie Brena fue corriendo hacia el ámbar y lo tiró de su pedestal haciendo que se rompiera. Por desgracia ella no sabía que rompiendo el ámbar ponía en peligro su vida y la vida de todas las hadas.

Cuando se hizo de día Dulcina se dirigió a la plaza. Al llegar no entendió por qué había tantas hadas allí reunidas. De repente una extraña idea se le pasó por la cabeza y corrió al centro de la plaza donde pudo ver el gran ámbar transformado en cientos de fragmentos de color naranja esparcidos por todas partes. El rostro de la emperatriz mostraba enfado y decepción.

- Me has decepcionado Dulcina, nunca llegué a pensar que alguien como tú acabaría con nuestro mundo.

La emperatriz suspiró con cierta fatiga y prosiguió:

- Creo que la pena por esto debe ser la máxima -concluyó.

De pronto todas las hadas de la zona empezaron a hablar a espaldas de Dulcina.

- ¿La pena máxima? - dijo una

- ¿No es el destierro? - dijo otra

- Sí, chica, es el destierro del bosque -afirmó una tercera.

Entonces, la emperatriz dijo con tono muy claro y firme:

- Dulcina, hada hija del árbol sagrado, lo siento mucho pero la diosa Danaé te ha condenado a pasar el resto de tu vida en el caos que hay fuera del bosque.

En medio de la multitud Brena pensaba que por fin la emperatriz le daría el gran honor de custodiar el ámbar a ella, así que se acercó. Una de las hadas allí presentes le dijo:

- Brena, ¿te has enterado? A Dulcina la van a desterrar por romper el ámbar.

Brena estaba verdaderamente sorprendida. Pensaba que la emperatriz se había pasado un poco con la expulsión. Ella sí que quería un castigo para Dulcina, pero no tal castigo.

- Abandonarás el bosque mañana por la mañana. Hasta entonces espero que prepares todo para marcharte -dijo con tono serio.

- Sí, emperatriz Nereida -contestó Dulcina mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Dulcina se encaminó a su casa para irse y no volver nunca más, pero Brena la detuvo.

- ¿Has venido para burlarte o para decir que tenías razón?
-preguntó Dulcina con tristeza.

- He venido para disculparme - aclaró Brena- Yo fui quien rompió el ámbar

Brena por fin se dio cuenta del error que había cometido así que decidió ir a palacio y aclarar toda la situación.

Al amanecer Dulcina cogió su bolsa y, antes de irse, fue al gran árbol a rezar. El árbol, al escuchar la súplica de Dulcina pidiéndole la salvación para las hadas, empezó a brillar con una luz cegadora. En mitad de la luz la joven tuvo una visión de la diosa con la emperatriz y cuatro hadas más que no logró identificar. Cada una llevaba un trozo de ámbar. Todas ellas unían los fragmentos junto a los restos del gran ámbar y las piezas se transformaban en una única joya de vivos colores. Después todo volvió a la normalidad.

Dulcina recapacitó un poco y pudo comprender el mensaje. Tenía que reunir todos los ámbares y juntarlos. Poco después la emperatriz se le acercó.

- Emperatriz, tengo un modo de salvar al bosque -dijo -Nuestra madre Danaé me lo mostró.- ¿La diosa te ha enseñado el modo de salvarnos? -preguntó la emperatriz.

Dulcina afirmó con la cabeza.

- Si unimos vuestro ámbar, los restos del gran ámbar y los cuatro ámbares de las demás hadas primerizas, lograremos salvarnos.

- De acuerdo, te daré parte de mi poder y así podrás demostrar que eres capaz de tener los ámbares.

La emperatriz empezó a brillar con una luz dorada y más tarde Dulcina comenzó a brillar también.

- Escucha -dijo la emperatriz- con este poder podrás tener todos los dones de los elementos, demuestra tu habilidad y a cambio ellas te darán los ámbares. Y una cosa más, díles que eres la guardiana del gran ámbar y que yo te he pedido que me traigas todas las piedras -repuso.

Dulcina asintió y se marchó a la aldea más cercana, la aldea Verde, al este del bosque, donde habitaban las hadas de las plantas y Daira, una de las hadas primerizas nacidas de la diosa Danaé. La aldea era preciosa, las casas estaban construidas en los árboles y todo estaba rodeado por musgo verde. Dulcina quedó tan asombrada por la belleza de la aldea que no se dio cuenta de la presencia de un chico hada que le hablaba.

-Mi nombre es Brendan, un placer. ¿Y tú? - le saludó él de forma presumida.

Dulcina lo encontró un poco raro. Brendan tenía el cabello y los ojos verdes como todas las hadas de las plantas.

-Yo soy Dulcina - dijo tímidamente - Vengo de la ciudad de las hadas a ver al hada primeriza Daira.

-Ésa es la casa de Daira. Si te presentas a las guardianas te dejarán verla - concluyó.

Ella se encaminó hacia la casa-árbol de Daira pero antes de eso se despidió de Brendan y le agradeció que le hubiera mostrado el

camino. En la entrada de la casa-árbol de Daira había dos jóvenes hadas de las plantas custodiando el lugar.

-Mi nombre es Dulcina y he venido a ver a Daira. He sido enviada en su busca por la emperatriz Nereida porque soy la guardiana del gran ámbar - les dijo.

Las dos guardianas se miraron un instante.

-Espera un momento -contestó una de ellas mientras la otra iba dentro.

Minutos más tarde la guardiana salió de la casa y dijo:

-Daira te espera. Te vamos a abrir las puertas.

Cuando Dulcina pasó ellas hicieron un gesto de reverencia. Ella se asombró al ver que todos los pasillos estaban recubiertos de musgo y todo era verde. Al final del pasillo se encontró con unas enormes puertas que, al acercarse, se abrieron solas. En ese lugar había un trono donde se encontraba un hada muy parecida a la emperatriz, solo que ella tenía los ojos y el cabello verdes.

- Tu nombre es Dulcina, ¿no es así? - le preguntó el hada - Yo soy Daira, ¿qué es lo que desea la emperatriz de mí esta vez?

- Vengo a por su ámbar, es de suma importancia que me lo dé -le aclaró- Ya me avisó la emperatriz de que usted no me dará su preciosa piedra a no ser que pase una prueba para merecérmelo, ¿no es así?- dijo con seriedad.

-Si superas mi prueba, el ámbar es tuyo -le aclaró- Debes hacer al menos que un árbol crezca. Para un hada de las plantas es tarea muy fácil, veamos qué saben hacer las hadas de la gran ciudad - dijo con cierto tono de burla.

Al llegar al lugar de la prueba Dulcina sabía perfectamente que no debía fallar o todo su mundo acabaría en ruinas. Se concentró mentalmente e imaginó que el pequeño árbol de su lado se hacía cada vez más grande. Por un momento cerró los ojos y, al abrirlos, se había cumplido su deseo. Dulcina se sentía orgullosa de sí misma y, después de descansar un rato, se dirigió hacia Daira que, con orgullo y también un poco sorprendida, le entregó su ámbar.

Después de recibir el primer ámbar Dulcina se encaminó hacia el norte donde estaba la aldea Aqua, habitada por las hadas del lago y el hada primeriza Talía. No podía creer lo que veía. Las hadas del lago tenían su aldea bajo el agua. Dulcina se lamentó por no ser un hada del lago. Vio salir a una de ellas y decidió pedirle ayuda.

- Mi nombre es Dulcina, soy la guardiana del gran ámbar y vengo a ver a Talía -le aclaró.

- Talía te espera. Daira le advirtió de tu llegada. Como no eres un hada del lago como nosotras, no puedes respirar bajo el agua. Pero no te preocupes, yo misma le avisaré de tu llegada -le dijo con dulzura.

Unos minutos más tarde apareció del agua el hada Talía, con ojos y pelo de color azul, muy parecida a la emperatriz.

- Sé a qué has venido. Y tú ya sabes como conseguirlo. Así que es mejor no tardar más y empezar ya, ¿no te parece, Dulcina? Es muy fácil, lo único que debes hacer es regar las flores de ese lugar utilizando el don del agua, ¿crees que serás capaz?- dijo señalando con el dedo hacía un prado de bellas rosas.

Dulcina se acercó a las rosas e imaginó, como cuando hizo crecer al pequeño árbol, que las aguas se movían hacia las rosas y las regaban. Ella cerró nuevamente los ojos y se concentró lo más posible. Al abrirlos vio que lo había logrado. Talía le dio un fuerte aplauso. El hada primeriza le entregó su ámbar y le regaló una cálida sonrisa. Dulcina le devolvió la sonrisa y empezó el camino hacia su nuevo destino.

Dulcina se dirigió al oeste, a la ciudad dorada de los cultivos, de la luz y de los campos de girasoles. Era la aldea Luz, donde habitaba Raisa junto a las hadas solares.

Continuó su camino hasta que, a lo lejos, pudo ver una gran casa. Al llegar todos sabían quien era y nadie se opuso a que pasara, así que continuó hasta llegar a un gran salón donde la esperaba un hada parecida a la emperatriz, sólo que con los ojos y el cabello amarillos.

- Sé la razón de tu visita. Como ya sabes, yo soy Raisa, una de las hadas primerizas. Debes lograr que un girasol gire y sólo tienes un intento. Te advierto que a las mejores hadas solares les es difícil lograrlo a la primera, ¿crees que serás capaz? -le dijo.

Dulcina se encaminó hacia las cosechas de girasoles con el hada Raisa e hizo lo mismo que las anteriores veces. Cogió oxígeno, voló lo más rápido posible hacia el cielo, extendió sus manos a la luz del sol, bajó y se puso delante de un girasol. Se concentró, cerró los ojos y el girasol se giró en dirección a Dulcina. Ella se alegró, aunque cayó al suelo rendida por el gran esfuerzo realizado. Raisa se acercó y dejó su ámbar a su lado.

Al levantarse Dulcina pudo ver el ámbar delante de ella. Lo

cogió y partió hacia la última etapa de su viaje, la aldea Primavera. Aquel lugar era la morada de los animales, donde vivían felices y eran cuidados por las hadas. Estaba al sur y era donde habitaba Yanira junto a las hadas de los animales. A entrar se dio cuenta que de que en medio de la aldea había una gran cabaña.

- Si lo que quieres es mi ámbar no te lo daré a no ser que cures al ciervo de aquí al lado - dijo Yanira.

Dulcina hizo lo pedido aunque tardó bastante tiempo porque, a pesar de recibir el don de los elementos por la emperatriz, no podía entender al pobre animal.

- Bueno, será mejor que te vayas lo más rápido posible. Muchos terrenos de nuestro amado bosque ya se han marchitado y depende de ti nuestra salvación - le dijo Yanira.

Dulcina asintió con la cabeza y empezó el viaje de vuelta a la ciudad de las hadas. Al llegar encontró toda la ciudad destruida. Fue entonces cuando se dio cuenta de que apenas le quedaba tiempo, corrió lo más posible hacia el pedestal y juntó todas las piezas, pero no pasó nada. Ella no podía creerlo. ¿Eran falsas todas sus esperanzas?

- No, no me voy a rendir tan fácilmente, debe de haber alguna manera - se dijo a sí misma -Te lo ruego madre, con las pocas fuerzas que te quedan ayuda al bosque, te lo suplico -rezó ante la diosa.

Todos los trozos de ámbar empezaron a brillar y a unirse, creando una luz tan cegadora que todos los habitantes del bosque la notaron. Al desaparecer la luz, la joya de vivos colores

que Dulcina había podido ver tiempo atrás en su visión se había creado.

La joya empezó a brillar nuevamente haciendo que todas las plantas marchitas, los animales enfermos y la emperatriz se curasen al instante. Al apagarse la luz el gran árbol de la diosa Danaé desapareció y una gran visión de la diosa madre apareció en el bosque.

- Mis amados hijos, ha llegado el momento de despedirme. De ahora en adelante seréis vosotros mismos los que cuideis de vuestra vida - habló la diosa Danaé - La joya que contempláis es la Joya de la Vida, su poder es inmenso y mantendrá el bosque. Poco a poco y, con vuestra ayuda, el caos que hay fuera del bosque también se convertirá en un precioso mundo verde. Cuento con todos vosotros, hijos míos.

Y tras decir sus últimas palabras, la diosa desapareció.

Aquel fue un día feliz aunque también un día triste para las hadas dado que, a partir de ese momento, empezaban una nueva vida sin su diosa madre. Y Dulcina ya no volvió a ser la guardiana del gran ámbar sino que pasó a convertirse en la guardiana de la Joya de la Vida.



El talismán esmeralda

Karen Zamora Verdezoto

Escola del Taulí. Hospital de Sabadell

“Nunca temas a las sombras, sólo significan que hay una luz brillando cerca”.

Los ojos de la vieja Marie, esos ojos azules tan peculiares, aún tienen ese brillo de astucia y bondad, aunque hayan pasado años y muchos sufrimientos. Mientras Marie vuelve a narrar una vez más su emotiva historia a Allison, su nieta, la pequeña hace miles de preguntas, como si fuese una historia que nunca le hubiesen contado.

- Abuela, ¿por qué dices que el bosque no lo atraviesan todos?- pregunta con intriga Allison.

- Lo digo porque sólo pocas personas lo atravesamos, Allie. No todo el mundo tiene que hacerlo, ni todo el mundo puede hacerlo. Hay personas que tal vez no sabrían.

Aquella tarde soleada, las dos estaban sentadas en el margen de piedra que separaba el huerto del pequeño jardín de detrás de la vieja casa. La había construido el abuelo para Marie mientras ella atravesaba el bosque. Delante, veían la ventana de la cocina.

A lo lejos se escuchaban los ladridos del pequeño perro. El animal había oído a las mujeres y arañaba la puerta trasera que daba al callejón.

- ¿Te preparaste antes de atravesar el bosque?- preguntó la niña.

- Casi no tuve tiempo. Una mañana de otoño fui con mi madre, la bisabuela Rose, a casa del brujo de la tribu. El brujo me dijo: "Marie, has sido elegida". Tu bisabuela me ayudó a cortarme el cabello para ir al bosque y me colgó en el cuello el talismán de la familia.

Entonces Marie le enseñó a su nieta la piedra esmeralda que llevaba desde que había ido al bosque. Allison había visto muchas veces la piedra. Era la piedra de las mujeres de la familia. El talismán brillaba como el verde del valle en primavera. Marie se acercó a su nieta y continuó:

- También me colgó al cuello la bolsa de cuero con las hierbas del brujo. Luego, fui a despedirme de tu abuelo.

- Y, ¿qué te dijo el abuelo? -preguntó la niña.

- Sabes que tu abuelo es muy reservado. Me pareció verle los ojos tristes, como si no quisiera dejar salir un sollozo. Yo lo abracé con todas mis fuerzas y le dije: "Te llevaré en mi corazón y volveré, te lo prometo".

- Pero abuela, tú fuiste sola, ¿verdad?

- Allison, ya sabes que atravesamos el bosque uno a uno. Pero las personas nunca estamos solas del todo porque cada uno de nosotros forma parte de algo más grande. Es como los árboles y el bosque.

Allie, como hacen a menudo las chiquillas, pidió a su abuela que le explicase otra vez la forma en que el abuelo la ayudó:

- Pero el abuelo te ayudó, ¿verdad, abuela?

- Sí, en la colina de las águilas. Me sentía exhausta, totalmente perdida. Se me habían acabado las hierbas del brujo. Hacía días que no comía ni bebía nada. Tenía la boca seca, con llagas... mis labios estaban resecos. No podía dar ni un paso más, creí que mi viaje había terminado.

- Y allí fue cuando sentiste que no llegarías al otro lado. Y pensaste en todos y también en el abuelo.

- Así es, Allie. Entonces, le vi. Me miraba intensamente y con el brazo hacía un ademán invitándome a seguir adelante. Entonces echó a caminar y yo le seguí. Así, detrás de él, atravesé la zona de los pantanos. Ni una vez me hundí en las arenas movedizas. Yo jadeaba y con la mano derecha agarraba el talismán que lanzaba destellos verde selva. Y entonces llegué al último tramo y tu abuelo desapareció.

-¿Te llevaste algo del bosque?

La abuela sonrió.

- Más de un araño, algunos bien hondos. Y confianza en mí misma, mucha confianza. Y aprendí a levantarme después de caer, a saber con quién cuento en los momentos difíciles y a distinguir el tronco de las hojas que se lleva el viento.

Entonces Marie se quitó el colgante con la piedra que ahora lucía de color verde hierba y lo puso en el cuello de su nieta mientras le decía:

- ¿Y tú, Allison? ¿Estarías lista para atravesar el bosque?

Diario de un nuevo mundo en una hoja de laurel

Andrea Sospedra Díaz

Aula Hospitalaria del H. Clínic (Barcelona)

Querido diario:

Hoy, miércoles 7 de abril, un día de primavera lluvioso y aburrido, me he propuesto escribir lo que voy a hacer día a día en mi habitación con el equipo de laboratorio científico que me compraron mis padres el día que cumplí doce años, ¡de eso ya hace cinco! Esta mañana he cogido un par de hojas de cada una de las plantas de interior que tengo en mi habitación para verlas con el microscopio. Las he partido en trocitos chiquititos y las he clasificado alfabéticamente en una cajita de plástico donde en cada cajón había escrito su nombre. He decidido ponerme manos a la obra. Así que he cogido un trocito de hoja de laurel y lo he observado con mi microscopio. Con un lápiz he hecho un croquis celular en mi libreta. Cuando he acabado he aumentado el microscopio un poquito más y he visto que se movía algo. Me he quedado parada, he parpadeado unos instantes y he vuelto a cerrar el ojo derecho para observar con el izquierdo. Al ver que no ocurría nada durante los cinco minutos en los que no he apartado la vista del ocular, lo he aumentado un poquito más

hasta observar el núcleo de una de las miles de células vegetales que hay en este trozo de hoja de mi laurel. ¡He visto que había una pequeña multitud de seres desconocidos en medio de un bosque! Un bosque como los que hay en las montañas de la Tierra, es decir, con árboles, arbustos, plantas, piedras, cuevas, pequeños ríos, lagos y vegetación. He pasado la página de mi libreta y, en una hoja entera, he hecho un croquis de ese bosque. He descubierto un nuevo mundo dentro del núcleo de una de las miles de células vegetales que tenía un simple trocito de hoja de laurel de la planta que llevaba más de tres meses dentro de mi habitación y que ni yo ni nadie se podía imaginar lo que escondía. ¡Un mundo nuevo que me dedicaré a conocer y explicar en este nuevo diario durante todo el tiempo libre que tenga!

Querido diario:

Hoy es viernes 16 de abril. Ha pasado ya una semana y dos días desde que me puse manos a la obra y empecé con el descubrimiento del nuevo mundo. Explicaré todo lo descubierto durante estos días. He estado tan ocupada con este tema que he preferido escribirlo todo en el diario cuando lo tuviera más avanzado, para así poder tenerlo mejor organizado y aprovechar más el tiempo. He podido hacer más croquis en mi libreta sobre el bosque, visto en perfil, en planta, de frente y en tres dimensiones. Hay una cosa que aún no he explicado. Lo único que diferencia este bosque de los de la Tierra son los colores de cada elemento. Los árboles y los arbustos tienen el tronco gris y las hojas de diferentes tonos rojizos y morados. Las plantas son anaranjadas y los colores de sus flores dependen de la forma de los pétalos. Las

pedras son de diferentes tonos azules. Las cuevas, hechas por los seres desconocidos, son transparentes, de color cristal, como el hielo. El agua de los ríos es de un tono violeta muy llamativo. Los lagos son del mismo color que los ríos pero un poco más apagado. Y hay muchos más elementos, pero sólo describo los principales porque, si no, no acabaría nunca. Lo único que me picó la curiosidad es que, de momento, no he visto nada de color verde. Después hice una pequeña leyenda en la esquina derecha de la libreta y pinté el croquis con acuarelas. Lo repasé con un rotulador negro de punta fina y dejé el trabajo.

Querido diario:

Hoy es lunes 19 de abril. Con muchas ganas, me propuse descubrir quiénes eran esos seres desconocidos del bosque que hay dentro del núcleo de una de las miles de células vegetales que tiene el trocito de hoja de mi laurel. Encendí la radio y puse un poco de música clásica de Wolfgang Amadeus Mozart, Johann Sebastian Bach y de Ludwig Van Beethoven, para relajar el ambiente. Sin apartar la vista del ocular de mi microscopio, estuve observando a los seres y he podido sacar un montón de conclusiones. Una de ellas es que viven en las cuevas transparentes. Otra es que van desnudos y son hermafroditas. Otro aspecto muy curioso es que saben que existe el fuego. Y yo me pregunto: ¿cómo es que no se quema nada? ¡Esto habrá que investigarlo inmediatamente! Más adelante, cuando haya descubierto el tema del fuego, me dedicaré a conocerlos mejor y descubrir sus costumbres, su cultura, sus religiones, su lenguaje... si es que tienen todo eso. Antes de dejar el tema de los seres desconocidos, los he retratado

en la libreta. Me ha costado un montón, porque todo el rato estaban en movimiento.

Querido diario:

Hoy sábado, 24 de abril, inspirada e intrigada por saber como es la vida de estos seres desconocidos, los he seguido observando con mucha atención. He sacado las acuarelas para pintar el retrato que hice el lunes de uno de ellos, dado que son todos iguales. Luego, he pasado dos horas observándolos desde el ocular de mi microscopio, mientras escuchaba música clásica. He descubierto lo que menos esperaba, el extraño tema del fuego. Ya sé cómo lo hacen. ¡Parece mentira que puedan hacer magia con el agua para hacer fuego! Me centré en describir detalladamente en la libreta lo que vi que hacen esos seres desconocidos. Primero tienen que recorrer el camino principal de tierra blanca que hay dentro del bosque. Este camino une sus cuevas con el lago más grande que hay. Una vez allí, llenan sus cubos de cerámica con aquel agua violeta de tono apagado y vuelven a sus cuevas. Entonces tiran el agua contra la pared y ésta se queda pegada porque se congela al instante. Para terminar, he visto como rompían el hielo y, al frotar dos trocitos, en vez de deshacerse, se encendía una llama. Es raro, pero más extraño es que exista un mundo dentro del núcleo de una de las miles de células vegetales que tenía aquel trocito de mi hoja de laurel. Una curiosidad sobre el fuego es su color, de tonos plateados y dorados, con llamas que se movían a favor del viento y que daban vida, luz y color a cada una de las cuevas.

Hoy he acabado la faena haciendo una pequeña leyenda y un

croquis de lo que he visto. He coloreado el croquis y he guardado el material y mi equipo de laboratorio científico.

Querido diario:

Hoy es miércoles 28 de abril. Hace casi tres semanas desde que empecé con el descubrimiento del nuevo mundo. He empezado a hacer una maqueta sobre este bosque, observando el croquis que hice el primer día. Durante la mañana, me dediqué a apuntar todo el material que me hacía falta para construirla. Después fui a comprarlo en varias tiendas de mi barrio. Me he gastado el 75% de de los ahorros que tenía guardados en mi hucha desde enero, unos sesenta euros. Pero no me importa, porque este trabajo está creando en mí un sueño. A lo mejor, más adelante, cuando ya tenga unos estudios y una carrera, este descubrimiento me servirá para tener un premio Nobel Científico.

Después de hacer las compras, he puesto todas las bolsas en la mesa y he empezado a sacar el material principal para construir la maqueta. He puesto unos cartones en el suelo, en un espacio de unos cincuenta centímetros, como base de la maqueta, representando el suelo del bosque. Luego, mirando a mi croquis he empezado a hacer con cartulinas los árboles, los arbustos y las plantas. Con unos tubos de plástico partidos por la mitad he hecho los ríos. Con un bol de plástico de color violeta he hecho el lago. Y así, he ido fabricando todos los elementos que había en el bosque. Lo he ido pegando con cola en la base, hasta acabar la maqueta por completo. Para finalizar, la he pintado con acuarelas y la he secado perfectamente con el secador de mi madre. He estado el día entero trabajando con ilusión. Para

terminar, he hecho en tres dimensiones varios seres desconocidos y los he puesto en la maqueta de forma que cada uno de ellos aparece haciendo una tarea de su vida cotidiana. Es decir, hay uno haciendo fuego, otro trae el agua, otro coge frutos de los arbustos, otro se baña en el lago... Todos aparecen desnudos tal y como andan por su bosque realmente.

Hoy he acabado el trabajo y, durante un tiempo, lo dejaré aparte.

Querido diario:

Hoy es 21 de septiembre de 2012. He cumplido veinticuatro años y he querido abrir el diario y leerme todo el trabajo que hice cuando era adolescente con la intención de poder utilizarlo en mi carrera científica para demostrar que existe otro mundo que únicamente yo, siendo pequeña, pude descubrir. Pero antes de recogerlo todo para llevármelo, estuve observando a través de mi microscopio y pude comprobar que aquel bosque que había dentro del núcleo de una de las miles de células vegetales que tenía un simple trocito de la hoja de laurel, había desaparecido por completo. Me he desilusionado un poco porque, cuando era chiquitina, yo pensaba siempre en mi futura carrera. Me imaginaba siendo científica y ganando un premio Nobel. No ha podido ser pero estoy muy orgullosa de mí misma por haberlo intentado y haber tenido un sueño y unas experiencias que nunca hubiera tenido sin el regalo de mis padres y aquel simple trocito de la hoja del laurel que tenía en mí habitación.



Relación de Aulas Hospitalarias, SAED y Centros Hospitalarios de Día participantes en el VI Certamen de Relatos “En mi verso soy libre”

ANDALUCÍA

Servicio de apoyo educativo domiciliario. Algeciras.
Aulas Hospitalarias Hospital Virgen de la Macarena. Sevilla.
Aula Hospitalaria Hospital Universitario San Cecilio. Granada.

CASTILLA-LEÓN

Aulas Hospitalarias. Hospital Clínico Universitario. Valladolid.
Unidad de Hospitalización Psiquiátrica Infanto-Juvenil del Hospital Clínico Universitario. Valladolid.
Aula escolar Hospital Río Hortega. Valladolid.
Aula Hospitalaria de Burgos HUBU.

CATALUÑA

Aula Hospitalària Hospital Clínic. Barcelona.
Aula Hospitalaria: Escola del Taulí. Sabadell.

GALICIA

Aulas Hospitalarias Hospital Xeral - Cíes de Vigo.

MADRID

Aula Hospitalaria: del Hospital “Ramón y Cajal”. Madrid.
Aulas Hospitalarias Hospital “Gregorio Marañón”. Madrid.
Aulas Hospitalarias Fundación Hospital de Alcorcón.
Aulas Hospitalarias Hospital Universitario. Fuenlabrada.
P.E.E. Hospital del Niño Jesús. Madrid.
CHD CET Pradera de San Isidro. Madrid
Servicio de apoyo educativo domiciliario. Subdirección territorial Madrid Este.

MURCIA

Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia.
Aulas Hospitalarias H.U. “Virgen de la Arrixaca”. Murcia.
Aula Hospitalaria H.U. “Santa Lucía”. Cartagena.
Aula Hospitalaria H.G.U. “Reina Sofía”. Murcia.
Aula Hospitalaria H.G.U. “Morales Meseguer”. Murcia.

PAIS VASCO

Unidad Educativa Hospital Txagorritxu. Vitoria.

VALENCIA

Unidad Pedagógica Hospitalaria “Frañesc de Borja”.
Hospital de Gandía. Valencia.
Unidad Pedagógica Hospitalaria Hospital “La Fe”. Valencia.

Publicaciones recientes de la Consejería de Educación, Formación y Empleo

www.educarm.es/publicaciones

- La responsabilidad penal del menor: información y prevención para familias y alumnado / M^a Elena de Jorge Martínez (coord.).
- Los derechos humanos y la educación / Patricia Alguacil Raymundo (coord.)
- Aprendiendo el dictado musical / José M^a Esteban Arredondo; con la colaboración de Javier Moratón Carrasco
- Memoria de actividades de la Consejería de Educación, Formación y Empleo 2010
- IV Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre" Relatos 2011 / José Emilio Linares Garriga y Raquel Pulido Gómez (coord.).
- El papel de las TIC en la atención educativa al alumnado enfermo / José Emilio Linares Garriga y Mariano López Oliver y M^a Dolores Hurtado Montesino (coord.).
- Matejuegos. Grupo CIMAT / Santiago Franco Gálvez (coord.).
- Diversidad, Calidad y Equidad Educativas / Juan Navarro Barba (Coord.)
- Evitar los problemas de comportamiento de nuestros hijos e hijas. Apuntes para mejorar las relaciones en los centros / Observatorio para la Convivencia Escolar en la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia

Publicaciones accesibles sólo en línea:

- Orientaciones para la adaptación del currículo en centros de educación especial y aulas abiertas / Flora M^a Pérez Avilés
- Materiales para la comunicación multisensorial / María Lucía Díaz
- Aprendizajes para la programación y evaluación de competencias básicas / Francisco Tortosa Nicolás
- Detección de necesidades de formación (6 tit.) / ICUAM.
- Geometría de los arcos. Guía didáctica para su construcción y trazado / Narciso Sánchez Sánchez
- Con el abuelo por Murcia / María del Mar Montaner Salas
- Arquitectura civil desaparecida en la ciudad de Murcia. Mirada didáctica a una identidad perdida / Antonio Martínez-Mena García
- Educación para la convivencia. Diálogo, comunicación interpersonal y tolerancia / Ramón Gil Martínez
- Prevención en Educación Física: ergonomía y factores humanos. Evaluación de los centros de primaria de la Región de Murcia / Andrés Rosique Codina
- La filosofía del amor de San Agustín de Hipona. Una síntesis para bachillerato / Ángel Damián Román Ortiz

EN MI VERSO SOY LIBRE. RELATOS 2013. VI Certamen Nacional de Relatos.

Este libro está compuesto por relatos presentados en el VI Certamen Nacional de Relatos "En mi verso soy libre", organizado por la Consejería de Educación, Formación y Empleo a través de la Dirección General de Planificación y Ordenación Educativa, dirigido al alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias y de Apoyo Domiciliario del Estado español. Se trata de un proyecto que trasciende a las actividades de animación a la lectura y la escritura, persiguiendo conseguir que el niño o adolescente en esta situación pueda utilizar la palabra como refugio y aprenda a disfrutar de la libertad que esta nos regala.

Los cuentos de la presente edición versan sobre "El Bosque". Están compuestos de historias llenas de aventura, emotividad y fantasía. En numerosas ocasiones los personajes de los cuentos son seres fantásticos, animales o incluso los mismos árboles que lo integran. Muchos de los relatos transportan al

lector a viajes inolvidables a través de la espesura, donde los protagonistas cuentan con la ayuda de sus amigos, su familia u otros personajes que encuentra en su camino para resolver el conflicto en el que se hallan, convirtiendo la sombra en luz y superando todas las dificultades. Hay que señalar la defensa que muchos jóvenes escritores y escritoras hacen del medio ambiente a través de la sensibilidad de sus relatos, reflejando en ellos los devastadores efectos de los incendios, la tala masiva o la contaminación. Y por último, el bosque, como no podía ser de otra manera, ha sido el escenario ideal para narrar historias de suspense e incluso terror, relatos en los que incluso el bosque más frondoso termina transformando nuestras emociones en un rayo de esperanza.

Estos cuentos son una muestra de imaginación y creatividad que nos trasladan al mundo mágico de la literatura.

www.educarm.es/publicaciones

